DE LA AUTORA DE LA «SAGA VANIR», «AMOS Y MAZMORRAS» Y «EL DIVÁN DE BECCA»

LENA VALENTI



Una novela corta del mundo de La Mediadora

TATUADA EN TI

El amor no está para prejuicios

TATUADA EN TI

Una intrahistoria de La Mediadora

Lena Valenti

LB

Derechos de autor © 2023 Lena Valenti

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Diseño de la portada de: Pintor artístico
Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018675309
Impreso en los Estados Unidos de América

«Me declaro en contra de todo poder cimentado en prejuicios aunque sean antiguos».

Mary Wollstonecraft

CAPÍTULO 1

Bea había recibido la llamada desesperada y rota de su mejor amiga Ada. Y ella, como hacen las mejores amigas, dejó todo para estar a su lado y acompañarla.

Ada sin hache se había discutido con el hombre de quien se estaba enamorando. De hecho, ella no había iniciado la discusión. Fue el Inspector Ezequiel quien la acusó y la menospreció de un modo atroz.

Bea no entendía cómo alguien podía tratar así de mal a Ada, con lo increíble y especial que era. La joven estaba abatida y muy dolida, y en cuanto se vieron, Bea le dio uno de sus abrazos reconfortantes y dejó que llorase todo lo que quisiese sobre su hombro.

El sinvergüenza la había dejado plantada en el Castell, un restaurante de Besalú, con el espléndido mirador del puente medieval y el río en el horizonte.

Odiaba que le hiciesen daño a Ada. Lo odiaba porque a Ada le habían pasado cosas terribles que habrían aguado el carácter a cualquiera. Pero su amiga era una incombustible fuente de amor y compasión hacia todos, continuaba con su luz, su hermosa sonrisa y su cara aniñada, y siempre intentaba pensar lo mejor de los demás. Además, era una mediadora. Mediaba entre muertos y vivos. Bea ya lo tenía más que asimilado y lo creía a ciegas. Pero respetaba la decisión de Ada de no decírselo a nadie. Y esa decisión era, justamente, la que la había llevado hasta allí, para consolarla.

Ada estaba muy mal.

—Vale, cariño, vamos a hacer una cosa. Vamos a ir a tu casa, te vas a lavar esa cara bonita pero echada a perder por el rímel que tienes ahora, y vamos a ver una película y a comer porquerías.

—No —contestó Ada—. Bea, no hace falta de verdad. Voy a estar bien. Además, no estoy sola en casa, ya lo sabes...

—Ah, sí, que está la Walking Dead de tu abuela por ahí... —Bea llamaba Walking Deads a los espíritus que veía Ada. Aunque Ada los llamaba, en realidad, caminantes—. Y el perro humano que tienes.

—Es un San Bernardo. —Soltó una risita—. Y no es humano.

Bea sonrió. Necesitaba hacer sentir mejor a Ada. Era la persona que más quería en su mundo.

—Vamos que no. Te juro que me mira las tetas fijamente. El otro día lo hacía.

—No te miraba las tetas, miraba el bocadillo de fuet que tenías entre las manos.

—Sí, claro... Creo que en ese perro se reencarnó un sátiro. —Tomó su mano con cariño —. Escúchame, Adita: no tienes que sentirte mal por nada, ¿me oyes? Eric está asustado y es

sobreprotector con su hija. Esa niña es el único rayo de luz que roza su insultante cuerpo perfecto.

Eric Ezequiel era un hombre increíblemente atractivo y muy alto. Y, por si el combo no fuese maquiavélico de por sí, tenía una niña llamada Ariel de poquitos años de edad. Y eso lo hacía irresistible para muchas mujeres.

—No me estás animando —dijo Ada.

—Claro que sí, porque a ese cuerpazo, tú le vas muy grande. Tú le irías grande a cualquiera —asumió con evidencia.

—No digas tonterías.

—No las digo. Eres una tía genial y muy especial que ve mucho más allá de lo que los mundanos alcanzamos a ver —Ada se emocionó más al oírla hablar así de ella—. Aish, cariño —sacudió su mano con dulzura—. Venga, no te pongas así.

—Me dijo que no teníamos nada especial y que solo nos estábamos enrollando. Que no era nadie para hablar de esas cosas con su hija.

La pequeña Ariel también tenía un don como Ada, y era algo que tampoco sabía Eric. Y, de saberlo, no lo sabría encajar. Que era, justamente, lo que había pasado.

—Son cosas dolorosas. Estaba enfadado y quería alejarte porque le das miedo. Si recapacita y tiene un par de razones nobles bien puestas, volverá a por ti y te pedirá perdón.

—Para pedirme perdón debería creerme.

—Debería creerte sin que tú le tengas que demostrar nada. Si tenéis una conexión como la que dices que tenéis, debería confiar en ti y creerte. Y lo hará, no le quedará más remedio. Ya verás. Un día su hija puede ver a la de The Ring saliendo de la ducha cual pozo mugriento, y él se cagará de miedo y buscará explicaciones. Y, como odiará ver a su hija con medicación y yendo a una terapia que la hará parecer enferma, buscará explicaciones en otro lugar y entonces —levantó su barbilla y Ada sorbió por la nariz como una cría— solo tú podrás dárselas.

—¿Por qué estás tan segura, Bea?

—Cielo —Bea la miró por debajo de la montura de sus gafas de sol—, porque eres adictiva. Una vez te cruzas en la vida de alguien, ya no hay vuelta atrás. No se puede estar alejado de ti. A Eric le pasará lo mismo. Ariel ya está enamorada de su amiga Ada. —Le guiñó el ojo derecho azul claro—. Y ese Inspector empotrador con malas pulgas también. Solo que aún no se ha dado cuenta.

Ada y ella eran distintas, pero se complementaban a la perfección. Bea era de esas mujeres torbellino que te levantan el ánimo y que te ayudan a ver la vida de otra manera, y lo hacen sin proponérselo. Su naturaleza era así.

—Me salvas la vida... —reconoció dándole un beso en la mano.

—Tú llevas salvándomela desde que te conocí.

Y era una verdad como una catedral. Ada era la hermana que siempre soñó tener. Si había algo que ambas tenían en común era que, estaban solas. A la hermana y los padres de Ada, se les llevó la vida el conductor de un camión que iba borracho. De ese accidente solo se salvó Ada.

Bea no tenía familia tampoco. Creció solo con su madre, que fue madre soltera porque el padre de Bea la abandonó. Y su madre dejó de vivir con ella cuando Bea fue adolescente y con mayoría de edad. Así que tuvo que hacerse cargo de sí misma muy joven. Ada era su familia. Y Bicho. Y también esa abuela fantasma que rondaba su casa, pero que ella jamás había visto. Qué importante era encontrar a personas como Ada, que podían llenar un mundo y hacerlo más rico en matices.

—Y lo que te queda, morena —le recordó Ada—. Que eres un peligro.

—Y lo que nos queda —aseguró tomando su copa de vino.

Porque Bea tenía muy claro que la constante en su vida siempre sería Adita. Y Adita ya sabía que de ella jamás podría librarse.

Eran su sino.

Pero el sino del destino también echaba sus cartas. Y les iba a enseñar cómo de cretino podía llegar a ser.

Después de la comida, la había dejado más tranquila. Ada solo tenía que llegar a su casa, encerrarse y comer chocolate para ahogar las penas. Nunca hubiese esperado una llamada como la que recibió media hora después de irse.

Ada estaba aterrorizada. ¿Qué demonios había sucedido de repente?

Lo que más lamentaba Bea era haber llegado tarde. Bicho, el enorme San Bernardo de Ada, sujetaba a Adrián con su poderosa mandíbula por el hombro. Adrián era un sociópata que iba de entrenador personal, que se había obsesionado con Ada y le dejaba notas inquietantes e incómodas. El hijo de puta la había agredido porque estaba celoso de las atenciones que Ada le había dado a Eric, otro que tampoco se la merecía.

Bicho lo tenía reducido en el suelo y no pensaba soltar a Adrián, que lloraba y gritaba tanto que la gente se acercaba a la casa para ver qué estaba pasando. Había una ambulancia y dos coches de policía franqueando la entrada de la casa de Ada. Bicho meneó el rabo cuando vio a Bea y Bea le sonrió y le mandó un beso:

—Mi perro guapo, no lo sueltes aún —Bea quería que ese cerdo sufriera. Nadie podía poner un dedo encima de su amiga y salir ileso.

Estaba asustada. Había sangre en el suelo y Ada estaba sentada en las escaleras del porche, atendida por los médicos.

Bea se acuclilló frente a ella.

—¡Ada, nena! ¡¿Estás bien?! —Buscó otras heridas, pero solo vio un cardenal en la cara y el labio inferior partido. También tenía los codos magullados.

—S-sí… —dijo ella aún aturdida.

Bea agarró sus manos con fuerza.

—¿Cómo ha sido?

—Me… me atacó. Me había dejado una nota. La leí… y él me atacó.

—Señorita —dijo uno de los policías interrumpiéndola–. Necesitamos que le dé la orden al perro para que lo libere. No podemos meterle las manos en la mandíbula.

—No deberían asistir a ese cabrón —les contestó Bea con mucha beligerancia y echando chispas por sus ojos azules—. Si no llega a ser por Bicho, imagínense cómo hubiera acabado esto.

El policía carraspeó incómodo, aunque la de urgencias que estaba atendiendo a Ada asentía dándole la razón.

—La señorita ya está a salvo. Por favor —le pidió con seriedad—. Dele la orden al perro o tomaremos nosotros la decisión.

—Bicho, suéltalo —ordenó Ada finalmente.

Bicho la obedeció inmediatamente y se acercó hasta Ada, a acurrucarse a su lado, con el

hocico lleno de sangre de Adrián.

—Buen chico, cariño —le felicitó Bea rascándole las orejas con adoración—. Eres un héroe, amigo —Bicho empezó a besar las manos y a lloriquearle en busca de mimos. Mientras lo hacía, volvió a mirar a Ada—. ¿Has llamado a Eric? —Bea creía que Eric debía saber lo sucedido.

Ada movió la cabeza negativamente. Estaba temblando y nerviosa.

—Debería acompañarnos al hospital, para que le hagamos unas pruebas —sugirió la chica mientras le ponía una crema en el pómulo.

—No. Estoy bien. Quiero quedarme en mi casa.

—Ese no es el protocolo —recordó uno de los policías que ya le habían tomado declaración.

Bea se levantó y habló con los policías.

—Lo sabemos. Pero dejemos que se quede tranquila en casa. A ese cerdo se lo van a llevar y, gracias a Dios, Ada está bien.

—Debe quedarse alguien con ella —sugirió la joven enfermera revisándole los codos.

—Yo me quedaré.

Eric no iba a estar ni se le iba a esperar.

Ella se encargaría de su amiga.

Cuando por fin se fueron todos y las dejaron a solas, Bea la abrazó y Ada se derrumbó. Y Bea también lloró con ella, acariciándole el pelo ondulado suavemente.

—Menudo día de mierda, amiga —dijo decepcionada—. Mira, te he traído una cosa. Es una de mis pequeñas adquisiciones. Un microspray de pimienta. Toma. —Ella misma se lo guardó en el bolsillo trasero del tejano corto y después volvió a abrazarla—. Nunca más vayas desprotegida. No sabemos lo importante que es cubrirnos bien las espaldas ante ataques traicioneros como ese.

—Gracias. —Sorbió por la nariz—. Ha sido terrible.

—Lo sé —acarició su pelo con suavidad—. Pero ya ha pasado. Joder —resopló Bea. Estaban apoyadas en la islita de la cocina.

—Cómo engañan algunas personas... Adrián parecía tan amable e inofensivo...

—Esos son los peores. Hay que andar con mil ojos.

—Me niego a pensar que cualquier persona puede ser peligrosa, no quiero vivir así.

—No hay que vivir así —incidió ella apoyando su mejilla en su cabeza—. Lo que hay que hacer es no bajar la guardia nunca. Ya sé que no lo has hecho y que te atacó por la espalda como la alimaña ruin que es pero, a partir de ahora, necesitas un spray pimienta contigo o un machete.

—Un machete es mejor.

—Yo le cortaba el rabo en rodajas y se lo daba a los gatos.

—Los gatos no tienen culpa.

—Pues a las ratas... Me da igual. Hijo de puto abusón...

Bea siempre decía «hijo de puto». Decía que estaba harta de feminizar un insulto así, que los padres también son putos.

—Y otra cosa te digo. Ya sé que no quieres que este hombretón —señala a Bicho— tenga camada con nadie. Pero si tiene descendencia, yo quiero uno de sus hijos.

—Bicho está bien soltero y entero. —Acarició la coronilla de su apuesto y valiente perro —. No necesita complicaciones.

—Bueno... —suspiró Bea—, no vamos a negociarlo ahora.

—Ni ahora ni nunca.

—¿Quieres ver alguna peli? ¿Quieres que vayamos al hospital? ¿Necesitas algún tranquilizante?

—Quiero que te quedes, ¿puedes? No quiero dormir sola esta noche.

—Claro que puedo. No me muevo de aquí, no te preocupes.

La amistad para ellas era eso. Hacerte un corte y que tu mejor amiga te dijese: «tranquila, que tengo tiritas». No va a hacer que el corte desaparezca, pero sí hace que duela menos y no se infecte demasiado.

El problema era que, aunque las heridas podían cubrirse con tiritas, aquel día no mejoró.

Es más, todo fue a peor.

Abel no estaba nada cómodo.

Por lo poco que conocía al Inspector Ezequiel, sabía que ese hombre estaba tenso y sufriendo por lo que iba a hacer. Porque la chica a quien iba a detener, era la mujer de quien se estaba enamorando.

Y lo entendía. Ada era una mujer hermosa y con una dulzura y empatía muy especiales. No había hablado demasiado con ella como para conocerla, pero a Abel tampoco le hacía falta porque era un hombre con mucho carisma y mucha psicología, y Ada era magnética. Atraía con esos ojos grandes llenos de bondad y esa sonrisa con hoyuelos. Parecía muy confiable, pero las apariencias siempre engañaban.

Engañaban porque Ada había mentido a Eric. No era la chica buena que él creía y, para sorpresa de ambos, estaba metida de lleno en todo el tema de Svetlana y Megalodón, y guardaba el dinero que ellos conseguían con sus negocios turbios en su local de osteopatía y quiromasaje de Paréntesis.

Por esa razón se encontraban en el portal de la casa de Ada, y Eric estaba poniéndole los grilletes y se la llevaba detenida.

Era todo muy violento. Abel seguía dentro del coche, observando la escena. Ada lloraba y Eric intentaba permanecer impasible ante ella. Lo que no sabía Ada era que los grilletes no solo se los ponía a ella. Él también iba a perder mucha libertad emocional con eso, iba a estar secuestrado por ese instante toda su vida, porque la mitomanía de Ada lo había jodido.

Con lo que no contaban ninguno de los dos era con que Ada estuviera acompañada de una chica.

Abel la miró a través de las gotas de lluvia que deformaban los cristales.

Eso era una buena amiga. Una leal e íntegra. Fuera Ada mala o no, tenía buenas amigas. Parecía una Pit Bull defendiéndola.

Y tenía unos ojos azules increíbles, perfilados, con mirada de gata… Y un cuerpo hermoso y con curvas. Era una chica guapísima.

No era de esos hombres que se quedaban embobados viendo a las mujeres y que las desnudaban mentalmente. Nunca había sido así. Pero debía reconocer que era muy difícil apartar

la mirada de ella. Además, era una de esas chicas que sabía muy bien las armas que tenía y que había comprendido hacía mucho que nunca iba a pasar desapercibida. Y le daba igual, porque sacaba rédito de eso.

Abel admiró el modo en que lanzaba miradas furibundas a Eric y le plantaba cara. Pero ni ella ni Ada podían hacer nada por detenerlo. El Inspector se la iba a llevar a Comisaría, lo quisiera la beldad morena o no.

A pesar de lo cruel y lo violento de la situación, no podía dejar de reconocer que esa chica que defendía a Ada tenía mucha energía, y era un peligro. Era de las peligrosas, de esas chicas a las que él no se solía acercar, ni se atrevía, porque todo en ella hablaba de complicaciones. Pero cuanto más se aproximaban al coche, más hipnotizado lo tenía.

—¿Me vas a contar la verdad ahora? —preguntó Eric decepcionado con Ada mientras la arrastraba hasta el vehículo—. ¿Ahora, Ada? —parecía incrédulo.

—Cuando ella puede y quiere. ¿Te parece poco? —lo increpó la de ojos azules encarándose con él—. Oye, ¿es así como reaccionas tú? Un tío la ha agredido al entrar a su casa y tú sigues cabreado con ella por cosas que no vas a poder entender ni aunque curses una carrera. Qué decepción, en serio, tanto cuerpo para nada.

Abel abrió los ojos y se le escapó una risita por debajo de la nariz. Qué atrevida era para hablarle así al Inspector.

—Bea, por favor —le rogó Ada que bajase el tono—. Entra adentro que te estás mojando.

Vaya. Abel ya sabía el nombre. La mujer de infarto se llamaba Bea.

—Ada Sierra, procedemos a su detención. Tiene derecho a permanecer en silencio… —dijo Eric—. Cualquier cosa que diga podrá ser usada en su contra ante un tribunal...

—Un momento —Bea intentó apartarla de él.

—Bea, más vale que no te interpongas ni que presentes ningún tipo de resistencia o también tendré que llevarte —Eric le dirigió una mirada letal y acerada.

—Pero, ¿qué dices? —exclamó Ada—. ¿Esto es una broma?

—¿Tengo cara de pasármelo bien? —reprochó él con gesto adusto—. Tiene derecho a consultar a un abogado y a tenerlo presente cuando sea interrogado por la Policía...

—Pero ¿por qué...? ¿De qué se me acusa? —clavó los pies en el suelo—. ¿Qué se supone que he hecho?

Eric procedió a explicarle todo lo que tenían contra ella. Pruebas irrefutables.

—Has sido muy poco inteligente —continuó Eric sacándola casi a trompicones—. Si no puede permitirse contratar a un abogado, le será asignado uno de oficio para representarle...

—¡¿Qué está pasando, Ada?! —preguntó Bea corriendo detrás de ellos aterrorizada—. Eric, ¡¿qué demonios haces?! ¡Suéltala!

—Yo no he recibido dinero de Joaquín... No ha sido así —contestó Ada muy asustada y perdida—. Puedo explicarlo.

—Seguro que podrás explicarlo en tu declaración en comisaría y mañana cuando se pase tu causa a proceso judicial ante el juez. Mientras tanto, esta noche la pasarás en el calabozo.

—¡Eric, maldita sea, escúchame! —pidió Ada.

En ese instante, Abel decidió salir del coche por si las cosas se complicaban. Iba a asistir al Inspector en caso de que necesitase ayuda para controlar a esas dos fieras.

Entre Eric y Ada se reprocharon todo tipo de cosas, y ella defendió con beligerancia su inocencia.

Abel abrió la puerta del coche para que la entrase sin más dilación. Echó una mirada de soslayo a Bea y se dio cuenta de que era mucho más alto. Le pareció menuda pero preciosa y, sin

lugar a dudas, de armas tomar.

La joven le lanzó puñales con los ojos y lo despreció, como si no valiese una mierda. Era normal. Si era la mejor amiga de Ada, no debía gustarle lo que le estaba pasando. Para ella, ellos dos serían los malos.

—¡Ada! ¿Qué hago? —le preguntó Bea golpeando el cristal.

—Quédate aquí con Bicho, por favor —le rogó—. Saldré de la Comisaría hoy mismo. No tienen nada y soy inocente.

—Pasarás la noche en el calabozo, tenlo por seguro —espetó Eric abrochándose el cinturón de seguridad.

Abel también pensaba lo mismo. Todo era demasiado evidente como para que esa mujer fuera inocente.

—Hazte cargo de Bicho —le pidió a su amiga uniendo su mano a la suya a través de la ventana antes de que el coche arrancase—. Te llamaré en cuanto declare.

Abel observó el rostro de Bea. Estaba congojada, con los ojos llorosos. Rota por ver a Ada en una situación así.

Sintió que se le encogía el pecho al ver a esa chica de esa guisa. No sabía por qué.

Y él no se sentía mejor, porque la señorita Sierra tenía la cara amoratada y, según había escuchado, acababa de sufrir una agresión.

Parecía desvalida. Él no era de hierro, podía comprender los nervios de una persona cuando se veía encerrada, cazada, entre la espada y la pared. Entendía la situación, pero Abel tenía algo muy claro en la vida: a uno no lo detenían por ser buena persona.

Si la policía te iba detrás, en algo turbio estabas metido.

CAPÍTULO 2

Dos Semanas Después

Era noche de verbeneras. La verbena de San Juan. Y Bea estaba feliz de salir con su amiga Ada. Lo sucedido hacía dos semanas le iba a pasar factura, no solo a su Adita, también a ella.

Porque, si antes no creía en el amor, después de todo lo que Ada pasó por culpa de Eric, ahora creía menos.

La había visto sufrir.

La había visto llorar.

Había oído cómo se le rompía el corazón y cómo la ansiedad y la decepción arrasaban con todo. Ada se había jugado la vida por un hombre que no había creído en ella, y ahora se estaba recuperando de sus lesiones emocionales, porque de las físicas, gracias a Dios, ya estaba bien.

Bea quería odiar a Eric con todas sus fuerzas, pero no le salía todo lo bien que quería. Suponía que su incapacidad para eliminarlo de su lista de amigos se debía a haberlo visto como un hombre desesperado y aterrado buscando el portátil donde Ada dejaba constancia de todas sus experiencias con el Más Allá. Un hombre que sabía que había errado, que se había equivocado, y que su poca disponibilidad en creer todo lo que no podía ver, lo habían puesto en un precipicio, a punto de perder a la mujer que podía cambiar todo su destino.

Y se lo merecía. Eric se merecía pasar por eso por su negligencia, pero ella debía reconocer que el hombre estaba pasando por un calvario.

Bea se había hecho cargo de Bicho en casa de Ada durante su estancia en el hospital después del ataque de Megalodón y Eric timbró para cerciorarse de que lo que decía su mejor amiga era cierto. Fue triste verlo así. Se le caían las lágrimas mientras leía lo que guardaba el disco duro del portátil de Ada.

Bea lo vio mal y sintió un pellizco en el pecho. Tal vez no era tan cretino como ella creía. Pero la vida era un proceso karmático contínuo. Si uno se equivocaba tanto, debía pagar. Debía sentirse un poco en la miseria para comprender que no podía volver a actuar igual y que debía aprender de los errores.

Y después de todo lo sucedido, transcurridas ya varias semanas, Eric se había arrepentido de todo e intentaba recuperar a Ada.

Sin embargo, Bea quería ver a Ada fuerte. Y le gustó que no se rindiera ni le abriese las puertas de su corazón de par en par, de nuevo, como si el dolor no hubiese sido tanto. No, amigo. Él la había destrozado. Y él debía asumir las consecuencias y ser comprensivo con su distancia.

Irían con calma, con los tiempos que Ada marcase, porque en ese momento lo importante era su amiga, no él.

Por esa razón, esa noche 23 de junio, Ada había visto a Eric en el puente románico de Besalú y había aceptado su perdón, pero no pensaba darle carta blanca tan rápido.

En otro momento, ella se habría ido con él a hacer las paces. Pero su mejor amiga se estaba queriendo a sí misma para no claudicar ante un hombre hermoso y atractivo como él y, por esa razón, había tomado la decisión de salir con ella, y de ir juntas al Replay, sin hombres ni dolores de cabeza innecesarios.

Esa noche se celebraba la vida. No las reconciliaciones ni las rendiciones en nombre de un amor que la había decepcionado.

El amor debilitaba y la convertía a una en una frágil mariposita. El amor era una droga que ponía olvido a las cicatrices, pero no las borraba del todo, porque las marcas siempre seguían ahí para recordarte que fueras precavida.

Por eso Bea no quería enamorarse jamás como se había enamorado Ada de Eric.

Ni hablar.

Esa noche se lo estaban pasando muy bien en el Replay.

En la discoteca más popular de Gerona estaban dando rienda suelta al estrés y a las penas.

A Bea siempre le había encantado salir de fiesta. Ella siempre estaba dispuesta a reírse, a disfrutar, a beber, y a coquetear y, a veces, a llevarse trofeos a casa. Luego se arrepentía, porque por la noche todos los gatos eran pardos. Pero de día… de día se veían todas las imperfecciones y quedaba expuesto que ni siquiera todo eran gatos.

—Quiero Jagger. Quiero Tequila —dijo Ada mientras se bebía un chupito de un desconocido de golpe—. Y FireBall. Quiero bailar como una descosida y perrear. Lo quiero todo. —Dio un golpe con el puño cerrado sobre la mesa.

A Bea le entró la risa. Ada ya estaba achispada porque no toleraba bien el alcohol y solo se habían tomado unas copas de vino mientras cenaban. Pero cuidaría de ella. No pensaba dejarla en manos de todos los moscardones que ya las rodeaban e intentaban ligotear sin éxito.

Bea los sabía llevar, pero Ada era una chuchería para ellos. Además, conocía a los hombres que tenían alrededor. Eran compañeros de Eric, de la comisaría.

A Bea los policías no le gustaban demasiado porque estaban cortados todos por el mismo patrón. Todos se parecían.

Sonaba la música de Adrenalina.

—Oye, morena —le dijo uno al oído—: ¿quieres conocer a tu futuro marido?

Bea lo miró de soslayo y le sonrió, falsamente.

—No creo en el matrimonio.

—Yo tampoco. Puedo ser tu amante.

Ella le dirigió una mirada azul y entornada.

—Paso.

—Me rompes el corazón —fingió, llevándose las manos al pecho—. Soy Rubén. Trabajo en la Comisaría —le ofreció la mano y ella la aceptó educadamente. Era alto, rubio y muy masculino, como todos los del grupo.

—Rubén, no insistas. No me interesas.

Él se encogió de hombros y la miró de arriba abajo.

—Había que intentarlo, ¿no?

Le echó un vistazo al top negro que llevaba y después al piercing que tenía en el ombligo.

—Estás muy buena, tía.

Ella resopló y le indicó con la cabeza que se largase y la dejase tranquila.

—Lo que no estoy es de humor.

—Joder, vaya humos. Me voy con tu amiga. Parece más simpática.

Rubén le hizo un mal gesto con la cara, divisó a Ada y se fue a por ella. Ada estaba hablando con Alfonso, alias Kevin Costner, y su equipo de remo, que la vitoreaban por perrear con todos y por hacer una ronda de tequilas con ellos.

Su amiga iba a acabar borrachísima. Pero se lo estaba pasado bien, se reía y, lo más importante, no pensaba en Eric. Parecía una vikinga poniéndose hasta las trancas de hidromiel.

Bea no pensaba dejar mucho rato a Ada con Rubén, lo vigilaría de cerca. El policía prepotente aún tenía que sortear al grupo de remo y no le sería nada fácil llegar hasta ella.

—Toma, tu copa, guapa. —El barman le dio su piña colada y después señaló a Ada con el pulgar—. Dile a tu amiga que me devuelva la botella que me ha robado. Me debe, al menos, treinta euros. Es una cleptómana.

—Solo está borracha —dijo Bea en medio de una carcajada.

—Entonces, es una borracha cleptómana.

—Ten, yo te la pago. —Un brazo muy musculoso y fibrado apareció por encima de su cabeza.

Bea lo miró por encima del hombro y divisó la cara de un hombre muy atractivo, con cara de angelito, pelo rizado castaño claro muy cortito y ojos marrones. Le parecía monísimo pero muy inofensivo. Llevaba una camiseta gris oscura que se ajustaba a su pectoral, pero le quedaba más holgada en el abdomen. Un tejano azul claro marcaba sus piernas. De hecho, le era familiar pero no sabía dónde ubicarlo. ¿De dónde lo recordaba? Ella también debería dejar de beber.

—Si la pagas, entonces, dile a Ada que te sirva un poco antes de que se la beban entre todo ese gurpo de hombres de espaldas gigantes —le indicó Bea.

Él no le dio importancia. No quería beber de lo que llevase Ada. Quería hablar con ella, con Bea.

—Te pido disculpas por lo que te ha dicho Rubén.

—No tienes que disculparte por tener amigos gilipollas.

—No es mi amigo —concluyó mirándolo desdeñosamente—. Pero sí es gilipollas.

Ella asintió y no le quitó la razón. Lo miró de arriba abajo, con interés pero también con diversión. Era monísimo. Y guapo. No del modo duro y mojabragas que podría ser Eric, sino del tierno, del que te deja un sabor a nube de azúcar en la boca y sonrisas tontas en la cara. Tenía una mandíbula marcada, pero su mirada era limpia, brillante y confiable. Como un niño grande.

—Me llamo Abel. —Le ofreció la mano y ella se la quedó mirando con sorpresa. La mayoría de hombres aprovechaban para darle dos besos y sujetarla por la cintura. Pero él guardaba las distancias respetuosamente. Y, entonces, cayó en la cuenta de dónde lo había visto. Abel era el compañero que acompañaba a Eric cuando se llevaron a Ada a detenida. El rostro de ella se enfrió y le lanzó una mirada furibunda.

—Ya sé dónde te he visto antes. Tú ibas con el ogro cuando os llevasteis a mi amiga.

—Sí —reconoció él contritamente.

—Cómo cambian las cosas, ¿eh? De ser enemiga número una a estar aquí todos vitoreándola e intentando meter ficha con ella.

Abel frunció el ceño.

—Yo no quiero meter ficha con Ada. Ada es la chica de Eric. Estaría loco y sería irrespetuoso pretender algo con ella. —La miró horrorizado.

—Como si eso os importase…

—A mí sí —dijo muy serio.

—Ay, Dios… —Bea vio a Ada por el rabillo del ojo haciendo de las suyas y, corriendo, le dio la copa de piña colada a Abel—. Aguántame esto.

—¿Qué pasa?

—Eso pasa. —Señaló a Ada. Estaba subida en la otra barra, y se la habían limpiado para que se deslizase por encima, de rodillas, como quien celebra un gol en un córner—. Puta loca… —susurró.

Bea desapareció entre la maraña de cuerpos de miembros de la Policía, del Club de Remo y demás, para rescatar a su mejor amiga, que se estaba desinhibiendo como una tarada.

Abel se quedó mirado el vaso de piña colada mientras Bea se iba, y esperó a que ella fuese a recogerlo.

Había pagado la botella de whisky y se había convertido en un posavasos nocturno, como un pagafantas cualquiera.

A Abel no le gustaba la forma de ser de los tíos como Rubén. Era un hombre cero machista, porque había sido educado con unos fuertes valores construidos sobre el amor y el respeto. Sus padres se querían mucho, tenían un buen matrimonio, y siempre le habían recalcado la necesidad de encontrar a una persona que siempre sumase, que lo estimulase a ser mejor y que le diera emociones.

Había tenido rollos, como todos, y ligues de una noche, pero eso no le satisfacía. Él quería una historia de amor de verdad. Y quería una mujer que admirar y respetar, como su padre admiraba a su madre y viceversa. Quería una chica a la que mimar y cuidar, a la que hacer reír y que juntos pudiesen construir un futuro memorable, con sus altos y sus bajos, pero siempre caminando uno al lado del otro.

¿Era eso una horterada? ¿Pensar así estaba pasado de moda?

Sus colegas no pensaban así. Parecía que tenían miedo a las relaciones. Él no. Él había vivido relaciones sanas a su alrededor, y había crecido en ellas. No había nada tóxico ni adquirido ni aprendido en él, y estaba preparado para tener pareja. Pero solo si era la adecuada.

En el fondo, era un clásico, como Eric. Un romántico. Un romántico de verdad, que exigía el mismo amor y la misma atención que le daría a su futura compañera. Y esperaba no cometer jamás ninguna cagada con la mujer de su vida, como sí había cometido el Inspector, porque lo mataría saber que había hecho sufrir a alguien así.

Pensaba en todo ello mientras veía a Ada revolucionar a toda la comisaría y a su mejor amiga Bea, protegerla y hacerle de guardaespaldas de cualquier baboso que se creyera que podía ligar mejor con una mujer alcoholizada.

Ada lo había pasado realmente mal. Pero ahora estaba bien, libre y viva, que era lo más importante.

Abel se frotó el muslo, donde había recibido el balazo de Megalodón. Fue una herida limpia y no había demasiado que lamentar. Excepto por su orgullo, ya que se tuvo que tragar la micro SD de paréntesis para que Megalodón no se la llevase. Y después… después solo tuvo que salir de su cuerpo y limpiarla bien.

Los hielos de la piña colada que aún sujetaba apoyado en la barra, se habían deshecho por completo después de dos horas de espera. La copa apenas estaba fría.

Bea se había olvidado completamente de él. Estaba bailando con todos aunque, de vez en

cuando, le lanzaba miradas para asegurarse de que todavía seguía ahí, como si quisiera controlarlo.

Había un chico con gafas hablando con Ada y apuntándole un teléfono en el brazo.

Y, mientras, Bea hablaba con un tipo muy tatuado que le estaba comiendo la oreja. Literalmente.

Ella aceptaba sus atenciones, sin más, y sonreía, aunque su lenguaje corporal no la hacía totalmente accesible. Marcaba las distancias.

A Abel esa mujer lo tenía completamente hipnotizado esa noche. Parecía una pantera moviéndose entre la gente. Era increíblemente atractiva, hermosa, con esos ojazos de color azul y su pelo largo y negro medio recogido. Tenía unas piernas con una forma perfecta y unos muslos musculosos sin parecer exagerados. Su vientre era plano, su piercing brillaba con los destellos de la luz de la discoteca, y la hacían parecer una gema exótica que destellaba a cada movimiento de sus caderas. Se reía. Se reía mucho cuando bailaba, o cuando el tatuado le decía cualquier estupidez al oído. Bea emitía señales de peligro, porque toda ella era explosiva y parecía estar muy cómoda con su cuerpo y su sexualidad. Es más, le gustaba provocar.

Abel sonrió al verla reír de nuevo. Estaba llena de vida, sin complejos, y parecía no tener preocupaciones.

No podía apartar sus ojos de ella. Esa chica lo encantaba y le encantaba. Ojalá pudiera tener una oportunidad con ella. Abel nunca había tenido complejo de nada, él sabía el tipo de hombre que era y lo que podía aportar a una relación.

Todos esos, con aires de bravucones y ligones que se gastaban los de su grupo, a él le sobraban. Pero le hacían reír, eso sí. Porque eran demasiado previsibles y, sobre todo, parecían sacados de pelis románticas de serie B o de personajes de novela romántica.

Para él todo era más fácil de lo que parecía. Bastaba con ser uno mismo y con ser íntegro. Eso no quería decir que fuera serio o soso. No lo era, tenía mucho sentido del humor y le encantaba pasárselo bien. Amigas ya tenía, y salía de fiesta con ellas y, algunas veces, también se acostaba con ellas, pero si se fijaba en alguna mujer para algo más, como le estaba pasando con Bea, todas las cosas buenas que querría vivir y la vida en pareja con la que él fantaseaba, se la empezaba a imaginar con ella.

Aunque Bea, probablemente, estaba más por otras cosas. A esa chica no se le veía con ganas de sentar cabeza ni de tener una relación seria con nadie. Ella emitía una energía, unas señales, que subyugaban a los tíos y les hacía parecer como animales de caza a su alrededor. Y ella los controlaba a todos.

Era una matahari. Una depredadora. Una mujer totalmente independiente que jugaba solo cuando quería y con quién quería. Nadie le tosía ni le decía que no.

Pero también era protectora de su amiga. Y aunque ella también estaba bebiendo de más, ponía mil ojos sobre Ada para cuidarla y que no hiciera ni le hicieran ninguna tontería. Lo que no sabía Bea era que él también iba a proteger a Ada, porque Eric era su Inspector pero había hecho buenas migas y le tenía cariño.

Por eso también estaba pendiente de Ada desde la distancia.

El tatuado estaba tocándole el culo a Bea y le daba besitos por el cuello, pero ella le apartaba las manos del trasero y volvía a alejarse. Aunque trastabilló un poco, dado que ya iba ebria.

Abel se tensó pensando en que si perdía el control de sí misma, se lo cedía a cualquier carroñero deseoso de presas como ella.

Así que, aún con la copa aguada en la mano, le pidió una botellita de agua al barman.

Después de eso, se acercó caminando lentamente hasta Bea y le dio tiempo a escuchar la guarrada que le estaba diciendo el tatuado al oído.

—Estás muy pesado. Déjame en paz ya. —Pero no se lo dijo con mucha convicción.

Él la tomó por las caderas y la acercó.

—¿Y si nos vamos de aquí y encontramos algún rincón oscuro para follarte como quiero? Quiero oír cómo te corres.

Abel permaneció impasible, con los ojos entornados pero lo suficientemente cerca como para ver claramente la reacción de Bea.

Ella sonrió con frialdad y le dio una caricia falsa en la mejilla.

—No voy a acostarme contigo, Clau.

Él no reaccionó demasiado bien.

—¿Y por qué no dejas de calentarme? Siempre me haces lo mismo. Eres mala.

—Yo no te estoy buscando. Eres tú el que no dejas de perseguirme. Tuvimos un rollo al principio, mientras estabas en el Sign, y me caes bien, creo que somos amigos con derecho a algo de roce, pero nada más. Y no me apetece ni quiero —se apartó prudencialmente de él—. No voy a darte más.

—Tía —resopló Clau con una sonrisa incrédula en sus finos labios—, eres una calientapollas de cuidado.

—Y tú un baboso. Ciao —Bea se iba a dar media vuelta, pero Clau la sujetó por el antebrazo—. Oye ¿qué haces? No seas pesado —le espetó.

Abel carraspeó justo cuando Bea iba a pelearse con él. Clau frunció el ceño muy airado.

—¿Qué te pasa, tío?

—A mí nada —contestó Abel muy tranquilo. Le sacaba una cabeza al que iba de heavy motero—. ¿Y a ti?

—¿Qué coño quieres? Estoy hablando con ella —contestó alzado la barbilla.

—Yo creo que ella no tiene ganas de hablar contigo. Además, solo venía a preguntarle a Bea qué tal estaba, porque no me ha gustado cómo la has agarrado del brazo.

Clau miró a Bea esperando a que ella respondiera y dijese algo para marcar su territorio. Pero allí no había nada que marcar. Bea no quería estar con ese hombre y ese hombre no lo sabía encajar. Punto y final. A partir de ahí, Clau no se iba a acercar más a Bea, y menos delante de él.

Al ver que Bea se frotaba el brazo y no respondía, el tipo acabó alejándose y lanzando una mirada incrédula al techo.

Cuando Abel se cercioró de que ya no veía a Clau en el horizonte, se dio la vuelta para encarar a Bea.

Ella lo miraba con una expresión curiosa y extraña en sus ojos. No sabía si agradecérselo o si reñirlo por meterse donde nadie lo llamaba.

Pero él actuó con normalidad.

—Elige —le dijo mostrando lo que cargaba en las manos—, el cubata aguado y caliente que me has dejado hace dos horas, o una botellita de agua fresquita para que mañana no tengas tanta resaca.

Bea se humedeció los labios y optó por la botellita de agua.

—Perdona —respondió con la mirada vidriosa por el alcohol—. Me olvidé por completo.

A Abel no se lo pareció, porque durante ese tiempo le había lanzado miradas a escondidas, como si quisiera asegurarse de que aún seguía ahí.

Bea eligió el agua, dado que incluso ella era consciente de su situación. Entonces empezó a sonar Blinding Lights en la discoteca y la gente empezó a bailar como loca, como se bailaba en

tiempos de Fama, porque eso no era ni perreo ni reguetón.

Ambos se miraban fijamente, sin saber muy bien qué decir. Pero Bea tenía la comisura del labio alzado, porque estaba sonriendo burlonamente.

—¿Por qué has estado vigilándome toda la noche? —le preguntó ella con sus ojos vivos e inteligentes clavados en su boca.

Abel sonrió y se encogió de hombros.

—¿No te habías olvidado completamente de mí y del cubata?

—Del cubata —le contestó ella.

—Haces mezclas muy malas. Piña colada, tequila, Jagger…

—Vaya… ¿eres mi padre? Porque yo no tengo padre. —Se acercó dando un paso hacia él y le pasó la uña suavemente por la barbilla. Abel se tensó porque solo ese roce ya lo puso en guardia—. Dime, guapo… ¿eres el Padrecito Abel? —Bea volvió a dar otro sorbo al agua y lo miró de soslayo.

—No lo soy.

—Tienes cara de bueno, Abel… y de niño… —Se aproximó a él de nuevo, seduciéndolo como ella sabía hacer muy bien—. Un niño grande, alto y guapo… —le dijo susurrándole al oído.

Abel formó puños con las manos pero no se apartó. Esa chica tenía la habilidad de ponerle el vello de punta.

—No soy un niño, Bea —contestó apartando la cara para mirarla directamente a los ojos.

Ella se mordió el labio inferior y dejó ir una risita suave e inocente.

—Sí lo eres. Te voy a dar un beso de buenas noches. —Le dio un golpecito con el índice en la nariz y después se puso de puntillas y le besó la punta—. Gracias por el agua.

—Espera. —Abel la sujetó suavemente de la muñeca, nada que ver con el modo en que ese tipo llamado Clau la había agarrado.

Fue una caricia suave y amable, pero llena de propósito.

—¿Qué quieres? —le preguntó altiva, alzando una de sus cejas negras.

Abel le sonrió igual de altivo, le dio un tirón para ubicarla entre sus brazos y le dijo mirándole a los labios rojos:

—¿Crees que los niños hacen esto?

Abel tomó su rostro entre las manos, y dejó caer su boca sobre la de ella.

Al principio, fue un beso tierno. Ella sonrió contra sus labios, porque aquel beso hablaba de inocencia y de infanticidio. Tenía razón. Abel era solo un crío. Ella tenía casi treinta años y no iba… Y entonces todo cambió. En un parpadeo, el beso se tornó fogoso y volcánico.

Abel le abrió los labios con la lengua, como si fuese lo más fácil del mundo.

Como si su boca la conociese y su lengua se sintiese cómoda contra la suya. Cómoda e increíblemente estimulada. Tanto, que el resto del cuerpo recibía coletazos de esas caricias y esa excitación.

Bea dejó ir un gemido contra su boca y apoyó las manos en su pecho. Pensó que estaba duro como una roca, y el calor de su piel traspasaba la tela y tocaba sus dedos. Abel profundizó el beso y ella le respondió porque no podía no hacerlo. Aquel beso era terriblemente bueno.

Bea siempre había pensado que ella besaba bien, pero nunca había recibido un beso como ese ni había pensado que la estaban besando justo como a ella le gustaba. Como ella deseaba que la besaran.

Abel hizo algo con la lengua, le tocó la parte superior del paladar y le provocó cosquillas, así que se estremeció y se agarró a su camiseta, arrugándola entre sus dedos. Se le erizaron los

pezones y los sintió como guijarros contra su pecho y eso que llevaba sujetador.

Él acunó su nuca con una mano, y cortó el beso apartándola levemente.

Bea tenía los ojos entrecerrados, y los labios hinchados por el beso.

Abel pensó que estaba preciosa y que querría hacerle mucho más, y tocarla mucho más. Pero no lo haría.

Porque no era así.

La había besado. Había besado a esa mujer increíble y tenía una buena erección. Pero no se iba a dejar llevar por eso.

—Creo… —carraspeó Bea porque no le salía la voz—. Creo que voy a buscar a Ada y nos… —carraspeó de nuevo—. Nos vamos a ir a casa ya.

—Superas en mucho la tasa de alcoholemia, Bea —señaló Abel—. ¿Has venido en coche?

Bea asintió y se pasó las manos por las mejillas porque las sentía ardiendo.

—Sí-sí. —Se sentía más borracha que antes. No por el alcohol. Sino por aquel morreo pervertido y excepcional que Abel le había dado.

Abel asintió, y le dijo:

—Quédate aquí. No te muevas. Rescato a Ada del enjambre y os llevo.

Ella no dijo que no y se quedó tocándose los labios mientras Abel iba en busca de su amiga.

Le daba todo vueltas. Vueltas de verdad. Y esperaba no olvidarse de ese beso, o mejor, esperaba no acordarse de nada, para no echar de menos esos labios ni fantasear sobre ellos.

Menuda locura.

Abel las llevó hasta casa de Ada. No gracias a las indicaciones de ninguna de las dos, porque estaban con una turca buena.

De hecho, había tenido que meter a Bea casi a la fuerza en su todoterreno, porque había intentado abrir veinte coches distintos creyendo que era su vehículo. Y ni una vez acertó.

Como Abel recordaba donde vivía Ada, y dado que Bea era incapaz de darle una dirección coherente y que reconociese el GPS, las llevó hasta Besalú en su coche.

Después las ayudó a bajar del coche y las llevó hasta el portal.

Ada entró sin un zapato y se chocó contra la puerta que estaba cerrada. Abel le quitó las llaves de la manos y, al final, le abrió la puerta, pero sin cruzar el umbral, porque nadie lo había invitado.

Las chicas entraron a trompicones, y el San Bernardo salió a saludarles. Incluso a él, que no le conocía de nada.

Abel se acuclilló, sonrió y acarició las orejas del perro.

—Se llama Bicho… —le explicó Bea de pie, parada a un metro de él.

—Ah, es muy guapo.

—Y él me quiere y se va a casar conmigo. Es mi macho ideal —le informó con el pedal en todo lo alto.

Abel sonrió y se levantó poco a poco para que Bea fuera consciente de él y de su altura.

—¿Necesitáis que os meta en la cama? —preguntó intentando ignorar lo sexy y divertida que le parecía.

—¿Te quieres meter tú en mi cama, guapo?

Él tragó saliva y sonrió con evidencia.

—¿No?

—Nunca te diría que no. No soy mentiroso.

—¿Entonces? —preguntó ella acercándose a él de nuevo como una avalancha seductora que a Abel le costaba mucho retener. Se dejaría llevar por ella, por la mujer y la avalancha. Pero, ¿se acordaría Bea de eso? ¿Sería consciente de él, de con quién se estaba acostando?

Abel jamás se acostaría con una mujer borracha. Se quería mucho para eso, y sobre todo, él no quería ser uno más como los demás.

Le gustaba cómo olía Bea, y odiaba que incluso en su estado de embriaguez, estuviera tan arrebatadora.

—¿Qué te detiene, Abel?

—Me detienen las copas de más que llevas encima. Y que soy un caballero. —Le tomó del rostro y le besó en la frente con suavidad.

Bea frunció el ceño y después se pitorreó de él. Estaba suficientemente borracha como para sentir vergüenza o decepción. Pero sabía lo que era un no.

A ella nadie le había dicho que no.

—¿Un caballero? —dijo incrédula—. Pues tu espada está más que lista, caballero. —Bea posó su mano sobre su paquete. Estaba duro, excitado.

Abel no se avergonzó de ello. Estaba así desde que se habían besado. Esa mujer era pólvora para su testosterona.

Bea le acarició con la punta del dedo índice por encima de la tela del pantalón.

—Es mejor que te acuestes. Por favor, para. —Le sujetó la muñeca y la detuvo—. Pórtate bien.

—A mí no me gusta portarme bien. Eso es para las niñas buenas. Yo no soy una niña buena.

Abel movió la cabeza negativamente.

—Pero yo te voy a tratar como si lo fueras. Por ti y por mí.

—*Pfff*… —Resopló con decepción—. Hablas como si hubiera un nosotros. Vaya fraude eres… —le dijo apartándose de él—. Qué aburrido. De todas formas, eres un crío… ¿cuántos años tienes? —dijo intentando comprender su actitud.

—Cumplo treinta y dos dentro de poco.

Bea parpadeo atónita.

—El padre Abel —musitó ofendida y dándole la espalda—. Cierra la puerta cuando te vayas.

Bea alzó la mano para despedirse de él y Abel se quedó ahí duro como una piedra e inmóvil como una estatua.

Lo había despedido sin más.

¿El padre Abel? ¿Él? ¿Por qué? ¿Por no querer acostarse con ella así?

No era ningún fraude. Era un hombre de verdad. De esos que, probablemente, Bea no había tenido la suerte de conocer.

Lo mejor era que se fuera. Le costó la vida tomar esa decisión, porque su cuerpo quería una cosa, pero su conciencia otra.

Pero quería demostrarle a Bea que se la quería tomar en serio, no como los demás la trataban.

Le gustaba. Quería conocerla bien.

Él había sentido mil cosas en ese beso y de lo que estaba seguro era de que quería más.

Y para tener más y mejor debía ser paciente y que no hubiese embriaguez de por medio. El alcohol siempre alteraba los recuerdos.

CAPÍTULO 3

Ojalá hubiese tenido una resaca de esas de las que borran hasta el día de la Comunión. Pero no. Bea recordaba muchas cosas de la noche del viernes y, con especial nitidez y asombro, el besazo que le dio Abel.

Treinta y un años tenía. E iba para treinta y dos. Era mayor que ella y que Ada. Ese hombre engañaba demasiado en casi todos los sentidos.

¿Cómo podía ser? Con esa cara de travieso bueno que tenía… No había vuelto a saber nada de él.

Ada se estaba viendo con Eric y podía haberle preguntado algo sobre su compañero. Pero Ada ni siquiera sabía la pequeña obsesión que había desarrollado hacia el oficial.

Sin embargo, tenía que dejar de pensar en él.

Bea estaba organizando en la agenda de su teléfono el calendario de tatuajes del SIGN. Le gustaba llevarlo encima. Era la propietaria y la relaciones pública del famoso local y venía gente de todo el mundo, muy popular, a tatuarse. Como hablaba inglés, podía comunicarse con todos ellos y la verdad era que tenía muchos contactos gracias a su simpatía y su bilingüismo. La mayoría solía repetir y, además, le daba muy buena prensa.

Estaba en su pisito, ubicado justo encima del SIGN, tumbada en la cama, repasando todo lo que tenía que hacer al día siguiente. Necesitaba pensar en algo distinto que no fueran los labios de Abel y su desparpajo para dejarla fuera de juego con sus besos.

Y en ese momento:

Beep beep.

Sonó su móvil. Y resultó que era alguien llamado «Ricitos», y entre paréntesis (Padre Abel).

Bea se incorporó en la cama de golpe y se quedó sentada en el colchón. Ojiplática, con la vista fija en la pantalla.

—No me jodas… —susurró. ¿Cuándo había grabado ella su número?

Ricitos:

¿Resacosa?

Bea:

¿Cómo tengo tu móvil grabado y por qué?

Ricitos:

Te lo grabé yo mientras estabas medio dormida en el coche, de camino a casa de Ada

porque no me diste ni una buena indicación para llegar a la tuya.

Bea frunció el ceño aunque sonrió sorprendida. Qué atrevido.

Bea:
Esto puede ser un poco invasivo, ¿no crees?
Ricitos:
Nah. Qué va.
Bea:
¿No tienes misa hoy?
Ricitos:
La misa es mañana. ¿Quieres venir?
Bea: No me van los curas.
Ricitos:
Qué bien, porque yo no lo soy. ¿Qué estás haciendo?
Bea:
Cosas.
Ricitos:
…

Bea se mordió la uña del pulgar, con cara divertida, esperando a ver qué le escribía Abel.

Ricitos:
¿Cuál es tu sabor favorito?
Bea:
¿Es una pregunta trampa?
Ricitos:
De trivial.
Bea:
Dulce de Leche.
Ricitos:
¿Es una respuesta con segundas?

Bea dejó ir una carcajada. Obvio que lo era. Pero también era su sabor favorito.

Ricitos:
¿Te gustan los helados?
Bea:
¿Cómo dices?
Ricitos:
Estoy en una heladería, cerca del Río. En el casco antiguo. Te invito a las bolas que quieras.
Bea:
Eres demasiado directo. No voy a comer bolas.
Ricitos:
De helado

Ella volvió a echarse a reír y se frotó la cara con la mano. ¿Por qué no? Podía ver a Abel otra vez y confirmar que no le ponía absolutamente nada , que el cosquilleo en la boca del

estómago solo era hambre y que lo de la verbena fue un error que no volvería a pasar.

No le diría nada a Ada. Abel y Eric eran compañeros, y prefería que no hablasen de ella. No quería problemas. Porque Bea se conocía. No se tomaba en serio a los hombres, nunca había tenido suficiente interés en nadie como para querer llegar a más y, además, los tíos solían ser muy básicos con ella y muy evidentes. Querían lo que querían y ya estaba, pero ella tampoco quería nada distinto.

La vida era más fácil con follamigos que con compañeros.

Ricitos:

¿Sigues ahí?

Bea:

Sí.

Ricitos:

No te voy a agobiar. Me gusta el suspense. Voy a estar aquí media hora, en el Gino. Si vienes en esta media hora, tendrás helado. Y si no vienes, tú te lo pierdes.

Bea:

Entonces, tendrás suspense.

Abel estaba mirando al río, sentado en las mesitas de la terraza. Hacía un día espléndido pero mucho calor en Gerona.

No quería volver a echar un vistazo a su reloj de muñeca. Pero quedaban dos minutos, solo dos minutos para saber si la chica de las mujeres tatuadas en los brazos, de ojos azules para perderse en ellos, lo iba a tener en cuenta como alguien a quien empezar a conocer.

Y esperaba que sí. Porque ansiaba volver verla y saber más cosas sobre ella.

Y entonces, alguien le tapó los ojos por la espalda. Sabía que era Bea por cómo olía. Su perfume noqueó su cerebro y estimuló todos los recuerdos del viernes.

—¿Padre Abel? —le dijo Bea al oído—. Tienes la piel muy blanquita. Te vas a quemar.

Descubrió sus ojos y se sentó junto a él, en la silla libre de enfrente.

Abel sonrió y se la quedó mirando embobado. Era normal que acaparase todas las miradas. Iba con un mini vestido amarillo ajustado de tirantes, el pelo negro suelto pero recogido con una diminuta diadema metálica roja, y esa cara con ojos claros y marcados por el lápiz de ojos.

Se cruzó de piernas elegantemente y alzó una ceja negra ligeramente desafiante.

—¿Te gusta lo que ves, Abel?

—Las vistas del puente peatonal son preciosas —dijo como si tal cosa. Se refería a ella, claro. Pero él se iba a hacer el loco—. Y el barrio antiguo es muy bonito.

—Sí. Lo es —dijo con naturalidad—. Pero yo he venido aquí a por mi dulce de leche. Gerona ya me la conozco.

—No lo he dudado ni un momento —aseguró llamando a la camarera de la heladería—. ¿Cuántas bolas quieres?

Bea sonrió provocativamente y se cruzó de brazos.

—Tres. Dos son pocas.

A Bea le gustaba poner nerviosos a los hombres. Era muy evidente. Estaba acostumbrada a eso, a jugar, a tentar, a seducir… eran juguetes, porque para ella todo era un juego. Lo tenía demasiado fácil.

—Lo que pida la señorita —canturreó haciendo el pedido.

Mientras esperaban al helado, él se tomó un café con una bola de nata encima.

—¿Qué recuerdas de la noche anterior? —le preguntó él de frente, mezclando la nata con el café.

—Uy… no mucho —mintió mirando cómo se deshacía y se mezclaban ambos colores opuestos para hacer un café con leche poco tradicional—. Pero gracias por llevarnos a casa de Ada.

Él se la quedó mirando fijamente. Sabía que estaba mintiendo.

—De nada. Por cierto, deberías memorizar mejor la dirección de tu casa —bromeó.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez —confirmó apartándose el pelo largo de la nuca y la espalda para colocárselo todo sobre el hombro—. Así que me grabaste tu número en mi móvil. Te gusta coger las cosas que no son tuyas…

Abel sonrió sin sentirse culpable.

—Solo quería asegurarme de volver a verte.

Ella parpadeó un tanto sorprendida por la respuesta. Era muy franco.

—¿Por qué querrías volver a verme?

—Porque me gustaría conocerte. Solo eso. —Sonrió sin más.

—Tu helado, Bea. —La camarera le sirvió la copa con tres bolas—. Que aproveche.

—Gracias, guapa —contestó Bea con una sonrisa. Se había puesto nerviosa con tanta honestidad masculina.

—¿Os conocéis? —preguntó Abel cuando la camarera se fue.

—Se tatuó a su perro en mi local. El salchicha que lleva en el antebrazo —le indicó.

—¿Eres tatuadora?

—Lo soy. Pero no ejerzo. Tengo un local en propiedad. El más popular de todo Gerona. El Sign. ¿Lo conoces?

—Lo siento, no. No soy muy fan de los tatuajes.

Bea sonrió y echó el cuello hacia atrás, como si hubiese estado en lo cierto sobre algo que solo ella intuía.

—Sabía que te daban miedo las agujas —dijo medio burlándose.

—¿Y eso por qué?

—No sé. —Se rio y se encogió de hombros—. Bermudas, náuticas, polo de marca, gafas de sol de wayfarer atigradas, y ese pelito que tienes…

—¿Qué le pasa a mi pelo? —Se llevó una mano a la cabeza.

—Es gracioso. Rizadito y tan corto…

—¿Y qué tiene que ver todo eso con que no me hagan gracia las agujas?

—Porque eres un niño muy bueno, muy convencional… Padre Abel.

—Las apariencias engañan, a veces.

—Nah. —Se burló de nuevo y le acarició a propósito la pantorrilla peluda con la punta de sus pies, calzados en unas zapatillas con tiras y plataforma de color negro—. No siempre.

Abel se tensó y se sonrojó.

Bea pensó que era muy tierno y muy mono, y que se iba divertir.

Y, de repente, ella hundió su cucharita en su bola de nata y se la llevó a la boca para saborearla.

—Mmm… qué rico.

—¿Y tienes el local cerca?

—Sí. A diez minutos de aquí andando. Justo donde está mi casa.

—¿Vives en el local? —preguntó extrañado.

—No. Tengo la vivienda justo arriba. El edificio es un dúplex muy grande. La parte de abajo es el local de tatuajes y la de arriba es mi casita preciosa.

—Entonces, eres propietaria…

—Sí. De vivienda y de local. La gente se cree que solo soy la relaciones públicas cañón. Pero soy la dueña.

—Es evidente que eres mucho más —lo dijo en todos los sentidos.

Ella acarició su pantorrilla una última vez, como si no lo hiciese a propósito, y le guiñó un ojo.

—¿Y tú? Cuéntame cosas de ti. ¿Siempre has querido ser un funcionario del Estado?

Abel y Bea descubrieron que podían estar horas hablando sin aburrirse.

Y que no les faltaba conversación.

Bea descubrió que Abel siempre tuvo vocación y que le gustaba pensar que cuidaba de las personas y las ayudaba a huir de los malos. Pero también le encantaba cocinar y le había prometido que algún día le prepararía algo de comer. Y en el fondo, Bea lo estaba deseando.

Pasearon por el casco antiguo de Gerona como si se conociesen de toda la vida.

Bea se rio mucho con las ocurrencias de Abel y su desarmante sinceridad. Le habló de sus padres, de su hermana, de su familia y de los valores y el amor con los que había crecido. Bea se sentía bien al oírlo hablar así. Era reconfortante.

Normal que fuera todo amabilidad y estuviera hecho de tan buena pasta.

Ella, en cambio, había sido educada de otro modo, y hacía mucho que no valoraba si pensar como ella era mejor o peor. Su padre la abandonó al nacer y tuvo que crecer con su madre, una pediatra que hizo lo que pudo por criarla, que luchó porque a ella no le faltase de nada y peleó por su independencia.

Cuando Bea ya fue mayor de edad, su madre decidió irse a trabajar a otro país y a dedicarse a su verdadera vocación: salvar vidas y trabajar en lo suyo.

Su madre siempre decía que su mayor logro había sido ella, verla crecer y enseñarle a defenderse sola en la vida. Pero no podía sacrificar toda su vida y todos sus objetivos por ser mamá. Así que, antes de irse, la ayudó en todo lo que pudo, puso su casa a su nombre, y le dijo que podía hacer con ella lo que quisiera. Y Bea lo hizo: acabó sus estudios, trabajó para ir ahorrando y sacarse un dinero, y con los años se especializó en los tatuajes y montó un local de éxito en la planta inferior, y una casa acogedora para ella en la superior.

—¿Y hace mucho que no ves a tu madre?

Preguntó Abel con gesto serio mientras llegaban a la portería del Sign. La puerta de la casa era independiente a la del local.

Bea sacó las llaves de su casa y jugueteó con el llavero mientras contestaba:

—Viene cada Navidad. Como el turrón —bromeó.

—¿Te gustaría verla más?

—Claro. Porque nos queremos y nos llevamos bien. Estoy muy agradecida por todo lo que se esforzó por sacarme adelante sola, trabajando tantas horas como trabajaba, dándome todo lo que necesitaba… pero ella no puede acabar donde empiezo yo. ¿Me entiendes? —Abel asintió solemnemente, porque él comprendía el altruismo de una madre por su hija, y también de la hija por la madre—. No tengo nada que reprocharle. He aprendido que cada uno debe labrarse su camino y que ser mamá no puede ser una cárcel ni una condena de vida. Es decir, seguro que es maravilloso, un milagro, y mil cosas más que la gente dice. Pero es egoísta intentar retener a alguien a tu lado para siempre solo por eso. Al final, creo que todos tenemos nuestra propia vida. Y ella no va a dejar de ser mi madre por estar lejos. ¿No crees? —Sus ojos azules chispearon reflejando mucha inteligencia.

—Por supuesto que no —murmuró sorprendido y admirado con su manera de pensar—. Pero he conocido a tantas personas que eso no lo entenderían…

—Bueno, eso siempre va a existir. Los prejuicios, las críticas…

Bea veía la dualidad en ello: lo bueno y lo malo. La obligación era lo peor. Si uno tenía un llamado más poderoso con una labor de vida más importante, ¿por qué decidía quedarse donde no podía cumplir con ello? Su madre le dijo de irse con ella, y Bea contestó que no.

Le gustaba demasiado Gerona como para largarse. Pero dejó que su madre se fuese, no la ató a ella. No le dijo «por favor, mama, no me dejes, quédate».

Uno no podía sacrificarse y dejarlo todo por la maternidad. Por eso, como no era nada egoísta, le puso las cosas fáciles a su madre. No quería verla infeliz o incompleta, dejando escapar el tren de su realización personal.

Había mujeres que eran mucho más que madres, que tenían un llamado personal muy particular. Y Bea nunca quiso ser responsable de las miserias de otros, menos de la mujer que le dio la vida y la crió, hasta que tuvo las herramientas suficientes como para cuidar de sí misma.

Abel no le quitaba ojo de encima.

—Mi madre tuvo que soportar muchas habladurías, ¿sabes?. A ella la abandonó su pareja, mi padre biológico y con todo y con eso, siempre que conocía a un hombre, todos hablaban mal de ella, como si estuviese mal visto rehacer su vida. Si eso le hubiese importado, jamás podría haber vivido como quería. Y si eso me importase a mí, sería muy infeliz y una persona llena de miedos.

Ella le dirigió una sonrisa de esas que lo meten a uno en problemas.

—Dime, Padre Abel… —Puso a caminar sus dedos sobre su pecho, como si estuvieran de paseo—. ¿Te gustaría subir a tomarte un té?

—¿Un té? —Abel se echó a reír.

—Eso es lo que toman los curas, ¿no?

Abel tomó su mano juguetona y se llevó la palma de Bea a la boca, para plantarle un beso en el centro.

—No soy cura. Y no me gusta el té.

—Entonces… —Su mirada se centró en el modo en que besaba su palma—. Puedo ofrecerte cualquier cosa que quieras. —Se apoyó suavemente en su torso.

Abel sonrió contra su piel, sus ojos se achinaron y negó con la cabeza.

—No. Es mejor que no. Me iré a casa.

Bea pensaba que estaba bromeando. Así que lo agarró de la pechera del polo, y de un tirón lo metió en el interior de la portería.

No era muy ancha, solo había unas escaleras que subían al primer piso, pero olía bien y estaba bien restaurada, como todo el bloque.

Bea apoyó el cuerpo de Abel en la pared y se echó encima de él para comerle la boca cómo llevaba deseando hacer toda la tarde.

No sabía qué era lo que tenía ese hombre, que le provocaba sensaciones extrañas e incómodas, como ternura, admiración, confianza y un fuerte deseo por desnudarlo y llevárselo a la cama. Un deseo de los buenos.

Habían estado toda la tarde juntos, y tenía la sensación de que podría estar más días con él, así, sin extrañarse o aburrirse. Y lo más importante: sin ganas de que él se alejase y se fuese al día siguiente. Que era lo que le sucedía a menudo con las aventuras que había tenido.

Esos pensamientos respecto a Abel la tenían intranquila. Por eso le estaba besando así, introduciéndole la lengua en la boca para cerciorarse de que sus besos no la noqueaban, que tenía defectos y que no lo hacía tan bien como creía.

Pero Abel la sujetó por la nuca y cambió los roles rápidamente. Apoyó su espalda en la pared y colocó un muslo entre sus piernas. Profundizó el beso mientras tomaba su cara con ambas manos.

¿Cuándo se había sentido así de caliente por alguien? ¿Cuándo se había sentido así de necesitada? ¿Por qué le pasaba todo eso con Abel? Era tan distinto a los hombres en los que se solía fijar. Parecía tan educado, tan correcto, tan noble y delicado… pero se transformaba cuando la besaba.

Lo hacía con hambre, con dedicación, volcado en su cometido, en cada centímetro de su boca y de sus labios… Bea lo agarró por el cuello del polo y lo atrajo porque lo necesitaba todavía más cerca. Entonces, Abel presionó el muslo contra su sexo, y ella se le escapó un gemido que retumbó en su pecho y en su garganta.

Y de repente, sin avisar, él cortó el beso sujetándola por la cara, y se apartó para coger aire. O lo hacía, o se perdía en ella ahí mismo. La miró a los ojos, a los labios hinchados por la fricción.

Ambos tenían las pupilas dilatadas por el deseo.

—Bea… creo que me tengo que ir.

Ella osciló las pestañas incrédulamente.

—Sí, ya… —Intentó volver a besarlo pero él se volvió a apartar. Esa actitud la enervaba —. Oye, no te hagas el remolón…

—No lo hago —aseguró temblando por las ganas de subir.

—¿Entonces? —inquirió apoyando la cabeza en la pared y soltándolo poco a poco de la camiseta—. ¿Por qué te vas a ir? Te estoy invitando a mi casa, conmigo —le recordó.

Él asintió, muy seguro de su decisión.

—No he quedado contigo para esto. Este no es mi plan. Y yo no suelo hacer estas cosas. Y no tengo ninguna prisa contigo.

Ella no se podía creer lo que escuchaba. Que ese hombre la estaba rechazando otra vez.

—Yo tampoco tengo prisa. Pero hago lo que siento en cada momento, porque uno nunca sabe lo que le puede pasar mañana. Igual sales de esta portería y se te cae una maceta en la cabeza —intentó bromear, y hacer ver que eso le divertía. Porque en el fondo lo hacía, pero su rechazo también la molestaba y erosionaba un poco su orgullo femenino—. Así que no estés tan seguro de que vayas a tener otra oportunidad como esta —le pellizcó la nariz y después le guiño un ojo. Se deslizó entre la pared y el cuerpo del policía, y ascendió las escaleras meneando las caderas, porque sabía que él la miraba fijamente.

—Ya me la buscaré yo —añadió con sus ojos caramelos deshechos al mirarla de arriba abajo.

—¿El qué? —preguntó observándolo por encima del hombro.

—La oportunidad, guapa.

Ella sonrió altivamente.

—Lo dudo. Buenas noches, Padre Abel. —Abrió la puerta de su casa y entró sola.

Una vez en el interior de su hogar, Bea se apoyó en la puerta y miró al techo blanco con ojos de buey de la entrada.

Tenía ganas de estar con él. La había calentado con un solo beso, otra vez. Aunque el precalentamiento se había iniciado nada más verse. Pero después de hablar y pasear durante horas, ese había sido el resultado: un beso y una negativa a entrar en su cama.

Ella resopló y se mordió el labio inferior.

Nadie le había dicho que no tantas veces.

Pero estaba segura que una tercera no la rechazaría, porque ella no pensaba ponérsele en bandeja así otra vez.

La próxima vez, él iba a tener que currárselo mucho.

CAPÍTULO 4

Seguramente, ella pensaría que era un Gallina, un eunuco, un cagón con un arma de fogueo, pensaba Abel mientras se dirigía al Sign.

Bea le contestaba a los mensajes con monosílabos, como si no le interesase hablar con él de nada.

Y Abel no quería eso. Se habían besado, y claro que él se moría de ganas de acostarse con ella, pero no quería convertirse en uno más de su larga lista.

Bea podía ser una devorahombres, pero él quería algo más, no solo follar. Y si le daba lo que quería, ella podría darle una patada al día siguiente, porque era una mujer de fuertes estímulos y necesidades, y lo fácil la aburría.

Él no era fácil. Era igual o más clásico que Eric Ezequiel. Ambos eran otro tipo de hombres que no se estilaban. Hombres que querían una pareja para caminar juntos, para prometerse fidelidad. Hombres a los que les gustaba el cortejo y la seducción, que adoraban cuidar y proteger.

Era difícil de explicar eso a una chica a la que acababa de conocer, y más siendo tan hermosa, explosiva y liberal como ella. Él ya conocía el gusto y el tipo de hombres con los que estaba, como por ejemplo, el payaso de la discoteca que iba de duro…

Bea parecía tener un arquetipo, y él no cuadraba demasiado. Pero estaba orgulloso de ello, porque no quería lo mismo que ellos, ni la trataría así ni hablaría de ella como hablaban ellos. Los hombres tóxicos y machitos eran unos mierdas, pero parecían ser del gusto de Bea.

Y Abel no lo entendía. Eran unos perdedores que nunca valorarían a Bea por todo lo que ella era. Aunque ella tampoco sabía todo lo que valía, porque si lo supiera, tendría mejor ojo.

Sin embargo, Abel quería que lo tuviera en cuenta, por eso no pensaba alejarse de ella aunque no le diera lo que quería.

Estaba allí porque quería verla, y ansiaba estar con ella. Bea le había dado largas por wasap, y sabía por qué. Porque sentía que él le tomaba el pelo. Pero nada más lejos de la realidad.

Quería demostrarle que no era un sieso, ni un chapado a la antigua. Solo tenía unos principios para tratar a la mujer de quien estaba muy interesado y para tratarse a sí mismo.

Llevaba en las manos un ramito de flores cursi que sabía que a ella le iba a impactar. Pero él era detallista.

Entró en el Sign sabiendo que se iba a encontrar a Bea y que ella lo atendería. Y así fue. Pero también se la encontró con el payaso que la molestó en el Replay.

El tío estaba ahí como Pedro por su casa. No solo en el local, sino en el trato con esa chica, como si tuviera derecho a tocarla o coquetear con ella.

Joder, menudo plan.

Cuando Bea vio entrar al nuevo cliente del Sign, el imbécil de Clau estaba intentando convencerla para entrar en plantilla fija del local. Y, como siempre, insistía en tontear con ella y buscarla cuando ella no tenía ganas ni estaba interesada ya en él. Y menos después de tener en la cabeza, desde hacía días, al mismo individuo que los miraba a ambos, cortado y fuera de lugar, parapetado en el mostrador, esperando a que lo atendieran con un absurdo y desarmante ramo de flores en las manos.

—Buenas tardes —Abel los saludó educadamente—. Perdón por interrumpir.

—No interrumpes nada —aseguró Bea sacándose a Clau de encima y echándolo de detrás de la recepción—. Ya te puedes ir, Clau. Recoge tu cheque y lárgate. Has acabado tu trabajo aquí.

Clau la despreció con los ojos y después echó un vistazo poco amigable a Abel. Pero no dijo nada más. Abrió la puerta y salió del local.

Bea vestía de un modo muy sexy. Llevaba un vestido de manga corta ajustado y negro y unos zapatos rojos con tacón alto. Su belleza competía con la de las mujeres que lucía en los brazos. Abel tragó saliva al sentir sus ojos de ese azul claro fijos en él.

—¿Ese no era el tío del Replay? —Se le escapó la pregunta porque le podía la curiosidad.

—Sí. Ha trabajado aquí de vez en cuando haciendo sustituciones. Pero no lo vamos a contratar para una plaza fija y no lleva bien los rechazos. No sabe diferenciar entre negocio y placer. —Se cruzó de brazos y lo miró de arriba abajo.

—Ah… ¿y qué tipo de rechazo ha tenido?

—Ambos —no iba a ocultarse. Había tenido algún encuentro esporádico con Clau que no valía la pena recordar. Y la historia se había acabado ahí para ella—. ¿Y esas flores? —las señaló con la barbilla.

—Son para ti —Se las ofreció con gesto decidido.

—Vaya... —Bea no supoa qué hacer con ellas, así que vació un lapicero de cristal de detrás del mostrador y lo llenó con agua de su botella de plástico—. ¿Eres de los que regala flores cuando se sienten mal por algo? —azuzó las flores con las manos esperando su respuesta.

—No. Pero las flores siempre quedan bien en un local y con una mujer bonita.

—Qué zalamero... ¿Qué estás haciendo aquí?

Abel alzó la barbilla y sonrió.

—He venido a hacerme un tatuaje. Te dije que quería que me hicieras uno.

Bea dejó ir una carcajada, porque no se lo creía.

—Pensaba que no lo decías en serio.

—Pues ya ves que sí —Se encogió de hombros.

—¿Tú, padre Abel? No es posible.

—Sí lo es.

—No eres de ese tipo. No te gustan los tatuajes ni las agujas.

—Bueno —Se encogió de hombros—, alguna vez tiene que ser la primera. Mi hermana me ha dicho que me lo haga. A ella le gustan y lleva algunos.

—¿Sara?

Él sonrió complacido porque le había escuchado y se quedaba con los nombres. Al menos, con los de las personas reales, porque para lo que eran títulos de películas, actores, canciones y algunos sustantivos más, hacia auténticos destrozos lingüísticos.

—Sí. Hoy me siento atrevido. —Se rió de sí mismo—. ¿Tenéis hora ahora?

—Depende de lo que te quieras hacer y dónde te lo quieras hacer.

—Algo no muy grande. He pensado que podrías elegirme tú el tatuaje y el lugar —insinuó tanteándola.

—Eso es muy personal.

—Bueno, sorpréndeme. Por mi trabajo no quiero enseñar tatuajes.

—¿En serio quieres que te lo elija yo? —Le divertía aquello.

—Sí. Confío en ti, Bea.

Y tanto que debía confiar en ella. Lo suficiente para que le marcase la piel con el diseño que ella quisiese, pero no para acostarse juntos.

Era un individuo muy extraño, un puzle que no sabía montar ni dejaba que lo montara. Sí, y lo pensaba con segundas.

—Está bien. Ya tengo una idea y creo que te va al pelo —musitó—. Vamos a hablar con Pit, el diseñador, y que te lo prepare. Vamos, ven conmigo.

—Bien —contestó feliz, siguiéndola al interior de las salitas de tatuar.

Podría estar con ella, que lo estaba deseando, y además sería la primera mujer en marcarle la piel, porque el corazón se lo arañaba poquito a poco.

Una hora y media después

Abel no había esperado que un tío de 150 quilos barba blanca y pelo largo le hiciese el tatuaje. Él estaba ahí para que se lo hiciese Bea, porque ella también podía tatuar, si quisiera. Pero había delegado la labor de marcarle la piel a un tal Pit. Un tipo con unas manos gigantes que había estado obrando sobre su nalga derecha, donde le había hecho un Mickey Mouse presidiario con un corazón en las manos.

Y para colmo, le habían tenido que dar un whisky porque el sonido de la aguja y el olor a pollo quemado lo estaban mareando.

Se sentía estafado. Estafado por Bea. Pero, de algún modo, también estaba tontamente orgulloso de su tatuaje y de habérselo hecho en el Sign.

Por la cabeza, ahora que el alcohol lo tenía más relajado de la cuenta, le venían imágenes de Bea con ese engendro del diablo, con Clau. Y no le sentaba bien.

Abel estaba tumbado boca abajo en la camilla, pero escuchó un ruido tras él. El tatuador ya no estaba, pensaba que estaba solo, hasta que escuchó un suave carraspeo.

Era evidente que era Bea. Levantó un poco la cabeza y la encontró apoyada en el marco

de la puerta, con la vista fija en su trasero y una sonrisa satisfecha en los labios.

—Deberías cambiarte, Abel. Ya se han ido todos. ¿Sigues mareado?

Abel se medio sentó en la camilla y la miró lánguidamente, con los párpados semicaídos y las mejillas rosadas.

—¿Sigues saliendo con ese tío?—preguntó de sopetón.

—¿Qué tío?

—Ese… Clau. Te molestó en la discoteca y hoy te estaba molestando aquí.

—No. Solo nos hemos enrollado alguna vez. Pero eso ya se acabó, solo que él aún no lo asume.

—Sobre todo si le permites que se acerque así a ti y te toque sin tener nada.

Bea entendía ese comentario en un hombre como él, mucho más conservador.

—Soy de distancias cortas, padre Abel. Soy yo la que lleva siempre el control de las situaciones. Nunca me hacen nada que yo no quiera.

Abel rebufó y miró al techo.

—A ese tío le tocó la jodida lotería contigo. No se ha visto en una así en su vida.

Ella dejó ir una risita y se acercó a él lentamente.

—No hablemos de Clau. No es importante. —Se quedó mirando la cicatriz del balazo en el muslo y reconoció que él ayudó para que Ada sobreviviese. Se le puso la piel de gallina—. Este círculo es un tatuaje muy importante —reconoció—. Uno de héroe.

—No es nada.

—Sí lo es. ¿Te duele el tatuaje?

—Me escuece un poco.

—Enséñamelo. No lo he visto aún.

Abel levantó un poco el trasero, se puso de lado y se bajó el bóxer negro un poco para enseñarle el Mickey.

Bea arqueó las cejas y le dio su aprobación.

—Es precioso. —De hecho, tenia un culo y un cuerpo espectacular—. Y el tatuaje también.

A Abel se le escapó una sonrisa.

—Pensaba que me lo ibas a hacer tú. Vine aquí a eso.

Ella apoyó las manos a cada lado de las piernas de Abel, sobre la camilla, colocándose en frente de él.

—Padre Abel, no te entiendo, en serio. —Lo miró enternecida—. Quieres que te haga daño con una aguja pero no que te haga sentir bien de otra manera.

Abel la acercó a él tomándola de las caderas, abriendo las piernas para hacerle sitio. Aquel arrebato dejó a Bea impactada, porque había llegado a pensar que ese hombre era indiferente a ella o que se burlaba y que solo mareaba la perdiz. Pero esa actitud era de un empotrador camuflado, uno con poca vergüenza.

—Las cosas que me hacen sentir bien son muy sencillas.

Ella se presionó contra su erección. Solo llevaba unos calzoncillos y se veía que estaba duro.

—¿Ah sí? ¿Por ejemplo?

—Me hace sentir bien que la mujer que me interesa también tenga interés en mí. Solo en mí —enfatizó—. Que no esté con nadie más mientras nos conocemos.

Ella parpadeó varias veces. Había una recriminación en todo aquello.

—¿Buscas promesas, Abel? Yo no te voy a prometer nada. Que yo sepa, tú y yo no

tenemos nada ni estamos comprometidos o…

Abel se tragó sus palabras con un beso. A la mierda, solo quería besarla.

Bea rodeó su cuello con sus brazos y se dejó ir. Abel la tomó de las axilas, y la alzó para que se sentara a horcajadas, encima de él.

Él la abrazó fuerte mientras profundizaba el beso, y Bea tomó sus manos y las guio hasta posarlas en sus nalgas. Él no las apartó, porque quería tocar a Bea así. Por eso la meció contra él, poco a poco, frotando su sexo contra el de ella, como si hicieran el amor con ropa. Como llevaba vestido, podían rozarse con la ropa interior puesta.

Bea no encontraba ninguna explicación a lo que sentía cuando Abel la besaba. Estaba encendida, cachonda, le ardía el cuerpo, se moría de calor y necesitaba hacer más que besarse con ese hombre.

Abel le gustaba muchísimo. Más de lo que ningún hombre le había atraído o gustado.

Y sabía que él también lo deseaba.

Bea mordisqueó sus labios, y después introdujo su lengua en la boca de él, intercambiando caricias con la suya.

—¿Por qué has elegido el Mickey para mí? —cortó el beso para tomar aire. Bea era droga dura. Se le iban los ojos por todo su cuerpo. No se imaginaba las cosas que quería hacerle, pero debía mantener la cordura.

—Porque estás secuestrado por muchas creencias absurdas, Abel. Un ratoncito deseoso de entregar su corazón entre rejas. —Suspiró y echó el cuello hacia atrás, cuando él le retiró la parte de arriba del vestido de manga corta por el hombro empezó a mordisquear y succionar su piel.

Se le erizaba el vello y todo su cuerpo se estremecía ante el roce de sus labios.

Abel se rozó contra ella.

Empezaba a estar húmeda y él también. Ella se inflamaba ante las leves e intencionadas embestidas de su pubis contra ella.

Hasta que Abel vislumbró una libélula sobre su hombro. Bea tenía los brazos tatuados con mujeres famosas y muy seductoras, pero el tatuaje que más le llamó la atención fue ese. Una libélula en tonos verdosos.

—¿Qué es esto? ¿Por qué tienes una libélula aquí?

—Significa equilibrio. Libélula viene del diminutivo libella, que significa balanza. Le… —Bea cerró los ojos al sentir las manos de Abel deslizarse inconscientemente por debajo del vestido, sobre sus nalgas—. Le pusieron ese nombre por su capacidad de mantenerse en equilibrio en el aire y estático.

—¿En qué te identificas tú con la Libélula?

—En que es libre. Puede volar a mucha velocidad pero, al mismo tiempo, cuando lo necesita, puede ralentizar su tiempo y observarlo todo desde un punto fijo, en equilibrio. Aparece ante las personas para advertirles que necesitan ligereza y alegría en sus vidas. —Bea besó suavemente a Abel en la mejilla y después deslizó sus labios hasta el lóbulo de su oreja—. Puede que necesites alegría y dejar de tomarte las cosas tan en serio, Padre Abel.

De repente, la mano de Bea se internó en el interior de sus calzoncillos.

Él se quedó muy tieso, porque ya no sabía cómo iba a detenerse. Le estaba acaericiando toda la polla. No quería follar con Bea ahí. Porque no quería follar con ella. Con ella no. Él quería hacerle el amor, y quería que supiera que él hacía el amor, no solo follaba. No quería que Bea se pensase que solo follaban y ya estaba. Que para ella podía ser él como otro.

Le gustaba muchísimo Bea. Más de lo que creía.

Así que la agarró de la muñeca para detenerla y no hacer algo de lo que pudiera arrepentirse.

—No hay nadie —protestó ella besándolo, hablando contra su boca—. Estamos solos, Abel.

—Bea… —Le sacó la mano de los calzoncillos—. No. Espera…

—El preservativo, claro…

—No. No quiero preservativo.

—Pues yo no lo hago a pelo jamás a no ser que haya encontrado a mi futuro marido —dijo muy digna, esperando su reacción.

Eso activó la atención de Abel. Al menos, era cuidadosa y tenía planes de futuro.

—No, no quiero hacerlo ni con ni sin condón. Simplemente, no quiero hacerlo. Ahora no.

Ella se quedó fría encima de Abel. ¿Cómo podía ser tan caliente y al mismo tiempo tener tanto dominio de sí mismo y ser tan cortante? Era como si la pusiese a prueba, como si buscase ofenderla continuamente.

¿En serio le estaba pasando eso otra vez? La estaba rechazando de nuevo con una facilidad pasmosa.

Bea alejó el rostro para mirarlo a la cara fijamente.

—Oye… ¿a qué estás jugando?

—A nada. Yo no juego contigo —le aclaró.

—¿Que no juegas? Deja de frotarte contra mí, entonces.

Él detuvo las caderas inmediatamente. Las movía como un automatismo, porque su cuerpo quería lo que sus principios no le dejaban.

Bea se miró encima de él, con las ganas que le tenía y lo mucho que le gustaba, y le reventaba esa actitud de autocontrol de la que hacía gala el policía. ¿Cómo era capaz de decir que no a algo que deseaba cuando ella estaba luchando por no tumbarlo en la camilla?

Tenía la sensación de que se burlaba de ella. Y estaba cansada.

—Tres veces. Tres veces seguidas me has dicho quen no. No sé qué te pasa. En mi vida me ha pasado esto.

Bea se bajó de encima de sus piernas, malhumorada pero también marcando distancias. Tendría que empezar a hacerlo, porque ese hombre era peligroso.

—¿Por qué te bajas? —protestó—. Que no quiera follar no significa que no podamos seguir besándonos… —Abel intentó sujetarla, pero ella se apartó y se alejó de él tomando dos pasos de distancia.

—¿Tienes novia? ¿Es eso? —Se puso con los brazos en jarra.

—Ya te dije que no. Si tuviera novia jamás habría hecho nada contigo —dijo indignado. En otro momento en el que no estuviera enfadada, le habría entrado la risa tonta.

—¿Por qué me rechazas?

—No te rechazo. —Él se cuadró y la miró sin rodeos—. Solo quiero exclusividad. No quiero estar conociendo a una mujer que también se vea con otros… No me va eso.

Bea frunció el ceño. ¿Que no le iba eso? Él no le había dicho en ningún momento cuáles eran sus intenciones. ¿Tenía que ser adivina?

Se sentiría ofendida si no fuera porque aquello le pareció absurdo. ¿Quería salir con ella? ¿Para qué, si no dejaba que lo tocase? ¿Quería una relación en serio con ella? ¿Qué había de malo en desearse y tomar lo que cada uno quería del otro?

Era evidente que se gustaban, contra todo pronóstico, al menos, para ella. No, Abel no la dejaba ser ella misma y parecía que era excesivamente normativo. Además, ¿qué se pensaba?

¿Que iba abriéndose de piernas con todos? Parecía que la miraba creyéndose eso, y no le gustaba nada ese juicio contra ella.

—Estoy cansada de esto. Vístete, por favor. —Bea se frotó la nuca y le apartó la mirada.

—Bea…

—No quiero oír más. Vístete y vete. Voy a cerrar la agenda y después cerraré el local. Para entonces, espero que te hayas ido.

—Pero… —Esta vez, el que parecía cortado, era él—. Tengo que pagar el tatuaje.

—No, hombre. Tranquilo, es un regalo de la casa —habló entre dientes—. Como somos propensos a dar todo sin que nos lo pidan, ¿verdad? —Lo miró de reojo, se recolocó el vestido y dijo por lo bajini al abandonar la salida—. Pues esto te ha salido gratis. Gilipollas. —Cerró la puerta con un portazo.

Abel se levantó de la camilla y se maldijo mil veces, porque estaba con una erección de campeonato y quería estar con Bea como ansiaba, pero también necesitaba decirle que iba en serio y que no estaba para que nadie jugase con él.

Sin embargo, se sentía mal por haber provocado esa reacción en Bea. Sabía que la había contrariado mucho y que estaba ofendida.

Pero no quería que hubiera malos entendidos. Él sabía lo que quería de ella.

El viernes iba a ser su cumpleaños, cumpliría 32. La había invitado anteriormente y esperaba que Bea fuese y que pudiesen hablar de verdad.

Era un hombre que sabía que, cuando se enamorase, querría todo con esa persona.

Pues el amor le había llegado. Se estaba enamorando de ella. Y no quería ser como los demás ni comportarse como los demás con ella.

Sabía que a Bea eso debía chocarle mucho, dado que estaba acostumbrada a hacer lo que le daba la gana y a no poner nunca su corazón en un compromiso.

Pero el suyo ya estaba comprometido. Y actuaría como creía que debía actuar.

Estaba en sus principios.

Unos principios que le provocaban dolor de huevos cada vez que veía a Bea.

CAPÍTULO 5

Ella nunca se había enamorado. Y eso no podía ser amor, imposible. Porque ella no hacía esas cosas. No se enamoraba. Le había ido muy bien hasta ahora, sin dolores de cabeza ni batallas emocionales. Pero entonces no conocía a ese hombre de pelo rizadito cortito, rasurado por los lados, y unos ojos almendrados gigantes y pícaros. Qué guapo era.

Lamentablemente, estaba triste y decepcionada por cómo la trataba Abel. No porque fuera un caballero, sino por lo que insinuaba que ella era.

Por Dios, que no se acostaba con el primero que pasaba. Que era selectiva. Abel no estaba entendiendo que, si ella quería más con él era porque le gustaba mucho, y él se creía que lo hacía con todos.

Ah, joder. Estaba rabiosa y dolida.

Por eso había ido a ver a Ada a su casa. Su amiga estaba dándole una segunda oportunidad a Eric y tenía su propio vía crucis. Y le iba bien hablar con ella, para no pensar en Abel, y para aconsejar a su amiga Mediadora en todo lo que pudiera.

Ada tenía un agujero gigante en el jardín, donde habían encontrado el sepulcro de la mediadora histórica ibérica más antigua. Una tal Aunia.

Y entre tumba y tumba Eric hacía esfuerzos por acercarse al mundo de Ada y por ganarse esa oportunidad ansiada.

—Para mí, lo más paranormal de Eric es que no entiendo por qué está tan bueno. Es una cosa...

—Está arrepentido —le aseguró Ada.

—¿Lo has perdonado tú del todo? ¿Te has acostado con él y le has mirado a los ojos y le has dicho que lo perdonas y que sigues enamorada?

—Eh... bueno, no.

—¿Asumes que estás enamorada, al menos?

—Asumo muchas cosas —espetó Ada sin reparos.

—Entonces, si tú no le has perdonado del todo, no me laves su imagen ni me obligues a hacerlo a mí. —No estaba para ser misericordiosa de más—. Eric prospera adecuadamente, pero está a prueba para mí... Además, ¿quién sabe si ahora te quiere y está a tu lado solo porque le ayudas con el caso de las desapariciones? Está ahora en homicidios y su comisario lo valora mucho y tiene reconocimiento profesional, que es algo que a todos nos gusta. —Se encogió de hombros—. No quiero que nos dé otro revés.

—Bueno, esa es una opción que no voy a descartar, aunque me duela. Pero no quiero pensar que Eric se acerca a mí por cosas externas. En mi fuero interno y emocional deseo que lo

haga solo por mí.

—Pues a eso me refiero, amiga. No te des entera aún y no confíes al cien por cien hoy. Espera, tiene que currárselo mucho más.

Bea le había hablado a Ada de Abel, muy esporádicamente. Pero le estaba ocultando mucha información, porque no quería ser el centro de atención de nadie.

Sin embargo, su hermosa amiga no solo era intuitiva con los caminantes. También lo era con las personas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Ada de sopetón con sus ojos de color miel muy interesados.

—¿Qué?

—¿Que qué te pasa?

—Nada.

—Es evidente que te pasa algo. Desembucha.

—No es nada.

—Bea. —Arqueó sus cejas y la miró con suspicacia.

Joder… le iba a tener que decir los que había pasado. Porque ya no aguantaba más con el silencio.

—Que ha venido ricitos a verme —vomitó de golpe—. Que me escribe y hablamos mucho...

Ada alzó la mano y la detuvo, pero no sin antes, ahogarse con el trozo de la pizza que estaba engullendo.

—¿Ricitos? ¿Qué Ricitos?

—¡Abel, bro!

—Que me llames, sis, cazurra.

—Pues viene a la consulta y me trae un ramo de flores. ¡A mí! —exclamó todavía afectada—. Que solo sé de margaritas, pero con mucho hielo. Resulta que se quería hacer un tatuaje. Ya te dije que le dan miedo las agujas, pero quería que yo le eligiera el tattoo y que el mejor del local se lo tatuara.

—¿Abel se ha hecho un tatuaje? No le pega, con lo mono que es…

—Sí, monísimo, pero con la lengua y las manos de un diablo —aseguró con sus ojos azules brillantes. Pero no añadió, «y los prejuicios de un inquisidor»—. La cuestión es que se va a hacer a Mickey Mouse vestido de presidiario...

—Perdona —sacudió la cabeza sin comprender el diseño— . A Mickey... ¿en la cárcel? ¿Por qué?

—Porque se lo dije yo. Y Mickey tiene un corazón en las manos.

—Por Dios, qué horterada...

—Sí, bueno, si vieras cómo le queda en el culo, ibas a alucinar.

—¡En el culo! —dijo sorprendida.

—Ese tío tiene el culo más bonito que he visto. Y... bueno, la cuestión es que cuando acaba Pit de hacerle el tattoo, lo deja en la camilla un rato para que se le pase el mareo.

—¿Se mareó?

—Nah... solo un poco. Le dimos JB para que se relajase. Pit se fue, Abel era el último cliente de la mañana, y entonces entro yo en la sala de tatuaje. Y lo veo ahí monísimo, que me mira con ojos de cordero degollado y qué sé qué sé empalma al verme y pienso: «pues me lo follo». ¿Y sabes qué me hizo? —continuó Bea muy ofendida— . Me rechazó y me dijo que ese no era su estilo. —Obvió contarle que era la tercera vez que le daba largas, porque en el fondo no se lo quería creer ni lo entendía y porque era dar demasiadas explicaciones—. Que él no quiere

eso de mí, al menos, no en ese momento. No así. —Abrió los ojos mucho y se llevó otro trozo de pizza a la boca—. Puto Bisbal.

Ada se moría de la risa. Pero Bea cada vez estaba de peor humor.

—Y le dije que se largara. Que se le había acabado la suerte y había perdido la oportunidad.

—¿Lo echaste porque no se quería acostar contigo?

—Lo eché porque me daba vergüenza seguir mirándolo —Se encogió de hombros. Porque le hizo sentirse mal.

—Ay, amiga. —Estiró el brazo y le agarró de la mano—. ¿Es que es el primer hombre que te ha dicho que no?

—Sí —asintió sin sentir culpabilidad alguna.

—¡Sacrilegio! Una cosa... ¿Abel te gusta?

Ella removió la pizza cortadita a cuadraditos casi perfectos, porque siempre tuvo un toc con eso, y porque no sabía qué responderle.

—Madre mía, Bea —Ada dejó el tenedor en el plato y se cubrió la boca con las manos—. No puede ser...

—Haz el favor...

—¡Que te gusta un montón! ¡Hasta te brillan los ojos!

—¡No es verdad!

—¡Vaya si lo es! Bueno, tranquila, no nos pongamos nerviosas. Pero te gusta un montón —volvió a decir.

Bea no quería pronunciar las palabras en voz alta, porque se sentía nerviosa e insegura. Y frustrada.

—No sé si me gusta un montón —asumió—, pero no me gusta cómo me siento. Es como... —Posó su mano sobre su esternón—, como si estuviera enferma.

—Uy, a eso se le llama amor.

«No me jodas».

Pero le venía la imagen a la mente de Abel con un ramo de flores y todo se le removía.

—¿Y lo de las mariposas?

—Eso es caca, querida. Bueno, que si te gusta —exigió que le respondiese.

—No. Rotundamente no —sentenció sin creérselo ni ella misma—. Abel y yo solo nos hemos besado en la verbena —tenía que seguir con la mentirijilla. Porque si Ada se lo tomaba más en serio, entonces la pondría más nerviosa con sus expectativas, y a Bea no le gustaban las expectativas—. Y porque tuvo suerte y yo una alta tasa de alcohol en sangre. Y hemos hablado todos los días por mensaje... y ha pasado lo de la sala de tatuajes. Pero no volverá a pasar. Además, yo necesito a un hombre, no a un crío al que le da miedo acostarse conmigo o que yo tome la iniciativa. Hay muchos hombres muertos de miedo con eso.

—Bueno, ¿y si lo habláis? Él te ha dicho que no quería en ese momento, no que no quisiera estar contigo. Además, se ha tatuado un Mickey por ti. Eso quiere decir algo. A veces, las personas actúan de un modo que no nos gusta o que nos ofende, pero siempre pueden tener una razón mayor. No juzgues hasta que no la escuches.

La teoría de Ada la ponía nerviosa. No le gustaba porque ella siempre había mandado y había hecho con su vida y sus relaciones lo que le ha dado la gana. Eso era muy intimidante para muchos. Pero Ada siempre se lo había dicho: «tú eres para hombres de verdad, de a los que les gustan las mujeres con independencia y muy seguras de su poder sexual».

Bea había comprobado que, a algunos, su seguridad y su arrojo les aterraba porque

despertaba todas sus inseguridades. ¿Era Abel de esos? No lo parecía, porque tenía iniciativa y seguridad para decirle lo que quería.

—El viernes es el cumple de Abel —murmuró un poco más tranquila después de haber hablado con Ada.

—Lo sé, me lo ha dicho Eric. Me dijo que fuéramos a cenar y al Replay con ellos.

Ambas se miraron de reojo.

—¿Quieres que vayamos, Bea?

¿Quería volver a ver a Abel? ¡La había rechazado tres veces! Él no se merecía que ella, de nuevo, se ofreciese para estar con él y él le dijese que no. Si iba, sería solo para atormentarlo un poco, porque no pensaba cambiar por él. ¿Qué se había creído? Llevaba días en su cabeza, hasta se acostaba pensando en él. Y, con cada rechazo, la grieta de su armadura se quebraba más, y provocaba que se psicoanalizase y se replantease todo.

¿Se estaba equivocando ella al enfadarse? Era Abel quien tenía problemas con su manera de ser, a ella siempre le había ido bien siendo así.

—Si vamos juntas sí —contestó finalmente.

—Pues ya está. Iremos. Pero, por favor, no me dejes beber.

—No, claro que no. —Sus ojos azules y delineados en negro se rieron de algo en lo que estaba meditando—. He pensado que podría subir el vídeo en el que te bebes un cubata, te da la tos y te sale por la nariz como un estertor —Se moría de la risa mientras lo contaba—. Se haría viral.

Al menos, la primera noche que se besó con Abel, tendría el recuerdo de su amiga Ada en modo sifón. Solo por eso, todo habría merecido la pena.

Los wasaps entre ellos se acortaron. Abel le escribía, pero Bea continuaba con sus monosílabos.

Le había dejado un audio diciéndole que le encantaría verla en el Replay por su cumpleaños. Que ojalá y fuese esa noche y pudiesen hablar.

Cuando a él le entregaron la medalla en la comisaría, no esperaba verla, pero iba como la persona más cercana a Ada sin hache, que recibía la medalla blanca por su colaboración en el caso de Svetlana y Megalodón. Abel debía reconocer que Bea era una excelente amiga, una pantera defensora nata, y estaba guapísima, tanto, que su pecho se le encogió nada más verla.

Todos en la comisaría hablaban de lo buena que estaba la amiga de Ada, y a él le enorgullecía, porque era evidente y una verdad incontestable. Pero, en su fuero interno, le hubiese gustado que estuviera ahí para verle a él, para felicitarle, como su acompañante. Sin embargo, aquello era fantasear demasiado.

Bea solo le saludó con un «hola» muy seco y poco más. Llevaba un Mickey en el culo por ella, y ella lo ignoró en toda la entrega.

Por eso, en ese momento, esa noche que celebraba su cumpleaños, estaba en la barra, tomando una copa, con gesto sombrío escuchando a Eric. Ambos habían hecho buenas migas y se podían considerar no solo colegas de profesión, también empezaban a ser compañeros fuera del trabajo. Amigos. Además, se habían enfrentado juntos a la muerte, y eso tenía que unir a la fuerza.

Eric le hablaba de Ada y de lo que le estaba pasando con ella. Y Abel lo veía muy claro, porque era un poco lo que le pasaba a él con Bea.

—Tío, y se está viendo con otro mientras la estoy intentando recuperar. Y no tengo ni

motivos para enfadarme, porque está en su derecho, porque no nos hemos prometido nada. Suficiente hace con darme otra oportunidad. —Resopló con la mirada perdida en su cubata—. Pero me jode tanto… yo no llevo bien lo de las relaciones abiertas ni lo de «mientras te conozco me acuesto con otro». Seré un anticuado, pero eso no me va, y menos cuando se trata de la chica por la que estoy muy colado. ¿Me entiendes? —Lo miró buscando complicidad.

—Sí, te entiendo. A mí tampoco me gusta que la mujer con la que quiero estar se magree con otros y se acueste con otros. —Claro que no. Por eso quería dejar claro a Bea que, si estaba interesada en salir con él, no iba a estar tonteando con otros. Eso era lo que más le aterraba a Abel, enamorarse hasta el tuétano por alguien que no valoraba la exclusividad. Porque lo haría sufrir.

—¿Estamos pasados de moda, tío? ¿Soy raro por querer a mi chica solo para mí como yo lo soy para ella?

—Joder, claro que no. Yo soy igual. Cuando te pellizca el amor, no dejas pasar esas cosas por alto. Los demás que hagan lo que quieran y que quieran como les salga de los cojones. Yo no voy a cambiar. Mi helado favorito no lo comparto.

Eric chocó la copa con la de él y sonrió de acuerdo.

—Exacto. Yo tampoco.

Y de repente, cualquier cosa que le decía Eric, se evaporó porque fue consciente del momento exacto en el que Bea apareció en escena, vestida de esa forma matadora, con su seguridad aplastante y su gesto de os voy a volver locos a todos.

Al final, había venido. Y no venía sola, la acompañaba Ada. Joder, esa noche iba a haber problemas. Lo sabía.

Parecía decidia a ir a saludarlo a él y también a Eric, pero, el imbécil de Rubén empezó a rondar a Bea y a entrarle a lo bestia, como solo él tenía la torpeza de hacer y ella se distrajo con todos.

Aquello no le gustó ni un pelo a Abel. Bea hablaba con todos, sonreía a todos y a él lo ignoraba. Y no solo eso, se ponía a bailar con Rubén de un modo que encendería hasta un calentador estropeado.

Bea sabía muy bien lo que quería hacer esa noche. Quería ver a Abel, quería demostrarle que ella podía hacer lo que le diera la gana y más, después de que la rechazase tres veces seguidas. Quería volverlo loco de celos.

Porque se lo merecía. Tenía el valor de decirle que no, de convertirse en un hombre juicioso con ella. De echarle en cara que sabía el tipo de mujer que era, cuando no tenía ni idea.

Que se lo pasase bien por las noches no la convertía en una cabeza hueca calientapollas. Claro que había tenido alguna mala elección, como la mayoría de mujeres del mundo, pero eso no la convertía en la mujer ligerita de cascos y de piernas que él creía que era.

Cuánto más pensaba en ello, más se enrabietaba. Por eso bailaba con Ruben y le dirigía la mejor de sus sonrisas, y por eso miraba a Abel mientras se lo pasaba bien con otro.

Otro que nunca le diría que no, otro que no la juzgaría por su fachada o su carácter, otro que solo quería lo que ella, sin compromisos… otro…

Maldito fuera, otro que no sería Abel.

Darse cuenta de lo que pensaba y de lo que sentía, la frustró. Porque por mucho que quisiera autoconvencerse de que ella no iba a llorar por Abel ni iba a reclamarle nada, se encontró mirándolo esa noche, queriendo ir a hablar con él, a bromear y a tomarse el pelo como solían hacer y a desear que fuera él y no Rubén quien la agarraba de la cintura y se pegaba a su espalda mientras bailaban A un paso de la luna.

Y le odió. Porque era la primera vez que le pasaba eso, que sentía esas emociones por alguien que no le daba lo que quería. Y ella lo que quería… era estar con él y que dejase de juzgarla y de ponerle las cosas tan difíciles.

Mierda. Le pasaba eso porque se estaba enamorando y sentía cosas por él. Qué increíble.

¿Cómo podía ser en tan poco tiempo? ¿Por qué? Solo hacía una semana que se habían enrollado por primera vez, y no había pasado nada entre ellos, no se habían acostado. ¿Por qué tenía esa necesidad de él?

En sus adentros gruñó muy indignada consigo misma y con él. ¿Es que era tonto? ¿No se daba cuenta de lo que les estaba pasando?

Bea se apartó del baboso de Rubén y lo dejó bailando solo, aunque, seguramente, iría a por Ada, porque era un cazador sin gracia.

Sintió el impulso de ir a por Abel y no se lo pensó dos veces. Ya se arrepentiría de esto, pero en ese instante, solo quería estar con él.

Así que se abrió paso entre la multitud, con sus ojos azules fijos en su hombre, su presa.

Él parecía enfadado. No le había quitado la vista de encima en toda la noche. Pero le daba igual que estuviera molesto. Bea tenía que acabar con eso y dejarle claro que le gustaba de verdad.

Se plantó delante de Abel, le quitó el cubata de las manos, para sorpresa de él, y se lo bebió de un trago sin dejar de mirarlo.

Abel parpadeó con la mandíbula tensa y la vista fija en Rubén, como si quisiera matarlo. Pero no se atrevió ni a moverse ni a decir nada.

Ella dejó el vaso vacío en la barra, agarró a Abel de la mano y le dijo:

—Ven conmigo.

CAPÍTULO 6

Los baños del Replay no eran demasiado anchos. Pero eso era lo de menos. Bea metió a Abel en uno de los baños de chicas y cerró con pestillo.

Después lo empujó contra la pared lateral hasta que apoyó su espalda en la superficie.

Abel querría decirle muchas cosas, pero siempre que estaba en ese tipo de situaciones con Bea, tenía la impresión de que se le iba la voluntad cuando miraba sus ojazos y esa boca roja con la forma perfecta para ser besada.

Bea lo embrujaba. No era buena para él, no lo era. Lo sabía, esa mujer había disfrutado poniéndolo celoso con el memo de Rubén, siendo mala, siendo perra, bailando con él de un modo mucho más íntimo del que podía tolerar.

Pero entonces, Bea lo besó, y perdió el hilo de sus pensamientos llenos de reproches e inquina.

Su lengua se metió en su boca, sus pechos se pegaron contra su torso, y Abel olvidó por qué había sentido tanta rabia toda la noche. Y se dejó ir con ella, aunque fuese en ese lugar oscuro, diminuto y sucio de la discoteca. Tenía la sensación de que con Bea podría hacer mil cosas que se se prohibía por decoro y porque era lo moralmente correcto.

Él llevó las manos a su trasero, y le subió el vestido para acariciarle bien las nalgas mientras sus lenguas se batían en duelo.

Y ella volvió a gemir en su boca, y Abel tuvo una erección instantánea.

—Estoy cansada de esto —dijo llevando sus manos al cinturón de su pantalón tejano—. Cansada del juego que te traes conmigo, de que me devores con la mirada y no hagas nada para comerme cuando es evidente que me deseas y te deseo. Es lo que quiero, Padre Abel —Apresó su labio inferior con sus dientes—. Estoy cansada de que me enciendas para después apagarme con un jarro de agua fría.

La mano de Abel salió disparada para sujetarle la barbilla con los dedos, como si quisiera decirle algo mal dicho, pero, en vez de eso, la besó violentamente, y le destrozó la boca y el alma a besos ansiosos y sedientos.

Bea había querido eso de él antes, pero mejor tarde que nunca. Al menos, también veía su fuego, no era tan frío ni tan controlado como hacía ver.

Animada por su reacción, metió la mano dentro de su pantalón y acunó su miembro con la mano. Tenía ganas de tocarlo, de probarlo, de sentirlo adentro. Era deseo acompañado de algo más. Algo mucho más fuerte. Una necesidad de recibir amor y adoración sincera, y de también

querer darlo por primera vez.

—Abel… —le susurró al oído mientras lo masturbaba con la mano mientras él apretaba sus nalgas con dedos fuertes. Iba a dejarle marcas, pero no le importaba—. Me gustas mucho, ¿entiendes eso?

—Bea…

Ella quería oír de él lo mismo. Pero él no era capaz de hablar, solo de mirarla con ojos vidriosos y suplicantes.

—Te voy a dar tu regalo de cumpleaños, nene —dijo succionándole la garganta antes de agacharse y ponerse de cuclillas frente a él. Eso no lo había hecho nunca con nadie. Pero era la primera vez que lo hacía, por lo mucho que lo deseaba. Quería sentirlo en su boca, en ese lugar.

Pero, en ese momento, la mirada de Abel cambió. Se enfureció.

Y Bea entendió que lo que creía súplica era, en realidad, compasión. Abel se compadecía de ella, como si fuese una chica perdida y descarriada.

—Bea, levántate, no hagas esto.

—¿Qué? —dijo pérdida y abochornada. El cretino se lo iba a hacer otra vez. No lo podía creer—. Abel, no empieces…

—Que te levantes. —Abel la tomó de las muñecas y la ayudó a incorporarse—. ¿Me has traído al baño porque Rubén no te ha parecido suficientemente interesante? Te has pasado la noche calentándolo, rozándote con él. ¿Por qué no lo has traído a él aquí?

—Porque él no me gusta. —Se sintió como en una regañina. Como la niña que se portaba mal. El baño se le hizo muy pequeño y se agobió.

—Te aseguro que a él le ha quedado muy claro —contestó con ironía—. Tiene que estar hablando con todos y jactándose de cómo arrimabas su culo a su polla toda la noche.

Sus ojos marrones habían dejado de ser cálidos. A Abel le importaba un bledo que se hicera la ofendida. Su forma de actuar también podía ofender.

Por primera vez, Bea vio una testosterona más aguerrida y masculina en él, más territorial.

—Puedo bailar con quien quiera, Abel. Además, a ti qué te importa, si tú ya has dejado claro que no te intereso.

—¿Por qué? ¿Porque no he querido follar contigo? Claro que no. Para mí follar importa, no me lo tomo como tú.

Ella frunció el ceño, enfadada con el comentario.

—¿Y tú qué sabes cómo me tomo yo las cosas o cómo follo, si eres incapaz de ir a más conmigo? ¿Qué te pasa? ¿Te doy miedo, ricitos?

—Claro que das miedo. No te tomas nada en serio. Para ti, el sexo y los hombres son meros entretenimientos.

—¿Eso crees? —dijo decepcionada. Abel no iba a querer nada con ella, porque le daba más miedo su actitud y su aura frente a los hombres, que esforzarse en conocerla—. Entonces, entiendo que no quieres mi regalo de cumpleaños, ¿no?

Para Abel esas palabras fueron como un cubo de agua fría. Impersonales y vacías.

—Tienes un problema —le echó en cara.

—¡Tengo muchos! —contestó, finalmente muy cabreada. Abel lo había conseguido. Estaba furiosa y se sentía enjaulada como una leona. Y también herida. Y las leonas cuando estaban heridas eran mucho más peligrosas.

—No quiero este regalo de cumpleaños, Bea. No soy así. Lo siento.

—¡¿No eres así?! Entonces, ¿cómo coño eres, a ver?

—¡Bea! ¡No te hagas esto! —replicó él—. ¡No tienes por qué hablar de esta manera!

—Es mi manera de hablar. ¡Suéltame! Ya van dos veces que me rechazas. ¡Dos!

Eran tres, en realidad, pero la primera, por ir muy borracha, no contaba del todo. Aunque ella lo recordase todo a la perfección.

—No te estoy rechazando —claro que no. No tenía que avasallarle ni ponerse en bandeja —. Te estoy protegiendo. Conmigo no tienes que hacer nada de esto.

—Claro, que eres cura.

—No soy cura —contestó—. Pero no juego a lo que tú.

¿Y a qué jugaba ella? ¿Por qué parecía que lo que ella hacía estaba mal y era inmoral? No hacía nada malo.

—¡No me hables así! Me estás rebajando y me haces sentir sucia —mierda, le empezaba a temblar la voz.

—¿Que yo te hago sentir sucia? Estás tan acostumbrada a que te traten como un trozo de carne, a follar y ya está, que lo has normalizado.

Ahí estaba. Era eso. Tenía miedo de su fama de devorahombres. No había estado con tantos hombres, ni mucho menos. Además, no podía juzgarla por lo que había hecho en el pasado. Y, aunque había fantaseado con una relación con Abel, se le acababa de borrar la fantasía de un plumazo.

—A ver si te enteras, ricitos: que no quiero nada más que no sea eso —En realidad, mintió. Pero ¿qué iba a hacer si Abel no le dejaba acercarse como quería?—. Ahora, suéltame. Esto ha sido una pérdida de tiempo. —Lo miró para decirle algo hiriente—. Me voy con un tío de verdad.

Abel posó la mano en la puerta y dejó ir una risa helada.

—¿Un tío de verdad? ¿Qué pasa? ¿Que los tíos solo follan y no tienen sentimientos ni buscan nada más de una mujer? ¿Es que no te mereces que te traten bien? ¿No me lo merezco yo?

«Y cómo me estás tratando a mí?», pensó cada vez más acongojada.

—Abel, déjame en paz.

—Tú has follado con cerdos misóginos, no con hombres. ¿Qué os pasa a ti y a Ada? ¿Qué sois? ¿Depredadoras? ¿Las nuevas feministas que vais a destrozar a cualquier hombre que tenga interés por vosotras?

—No metas a Ada en esto.

—Sí la meto. Eric es buen tío. Está hecho polvo por culpa de Ada. Me dijo que iba a hacer todo lo posible por recuperarla y, mientras, ella follándose a otro. No va a pasar por ahí. Ni yo tampoco.

—¿En serio? ¿Tiene pruebas de eso? ¿Lo ha visto él con sus propios ojos?

—No hace falta verlo, guapa. La última vez se los encontró muy temprano en su casa, ella vestida con un camisón y con aspecto de acabar de darse un revolcón, y él sin camiseta y con pantalón de pijama. Lo vio hasta su hija.

—¿Eso dice Eric? Pobrecito niño —se burló Bea—. Dile que se acueste. Y que ha demostrado que Ada le va grande, no, gigante. Y tú suéltame. Los machitos ofendidos... No tienes agallas para hacerlo conmigo y sí para criticar moralmente a mi amiga. ¡Te lavas la boca antes de hablar de ella! —Lo señaló con el índice. Estaba harta. Y ya no quería saber nada de él —. ¡Que me dejes salir, Abel!

—Pues sí. Te dejo salir y te dejo en paz. No me interesa lo único que me quieres dar, porque lo das sin pensar. Valórate un poco.

Él no sabía lo que le quería dar. Ni siquiera lo sabía ella. Pero acababa de echar por tierra la posibilidad de descubrirlo y de probar esa aventura juntos.

—¡Eres tú el que me está juzgando! ¡¿Tú qué sabes cómo doy yo las cosas?! No lo hago para contentar al otro, lo hago para contentarme a mí. No quiero nada más. Suéltame o me pongo a gritar aquí mismo.

—Pues me he equivocado mucho contigo —abrió el pestillo de la puerta—. Vete.

—No, te vas tú, que este es el baño de chicas —sentenció Bea con voz muy firme.

Abel se fue, y Bea acabó apoyada en la puerta, mirando al techo lleno de leds, y muy afectada, con ojos llorosos.

Entonces, Ada, que había estado en el baño colindante escuchándolo casi todo, abrió la puerta y la encontró de esa guisa.

—Bea...

—Ada —No se sorprendió al verla. Seguramente un walking dead le habría contado lo que estaba pasando en el baño. O, simplemente, su amiga tenía el don de la intuición y de las mejores amigas.

—He tenido un encuentro con Abel. Es imbécil.

—Lo he oído todo —le aseguró.

—Pues vaya... —resopló muy triste,

Ada la abrazó y Bea sonrió contra su hombro abatida.

—Escúchame —murmuró Ada acariciándole el pelo—. Nadie te puede obligar a tener sexo, del mismo modo que nadie te puede obligar a darle tu corazón ni a que interactúes de un modo que no es tu estilo o no estés cómoda con eso. No te sientas mal.

Ada era sabía. Bea ya sabía esas cosas pero le iba bien escucharlas.

—No me siento mal —aseguró Bea—. Se me va a pasar en un rato.

Ada se apartó y ambas se miraron a los ojos. Bea no quería enamorarse de nadie si después podían tratarla así.

—Voy a salir del baño y voy a ir a por Eric —afirmó indignada.

—Ya estás tardando —la animó. Al menos. Esperaba que esa noche algo le saliese bien a alguna de las dos—. Ve a por él y aplástalo —Aunque solo fuese la venganza—. Destrípalo por mí. Yo ahora salgo. Voy a recomponerme y a mear.

Ada se fue, y Bea se quedó un ratito más en el aseo ahogando las lágrimas y la ofensa de Abel, y planeando cuál iba a ser su siguiente paso.

Porque no pensaba flaquear delante de un hombre que se pensaba que era una puta solo por vivir su sexualidad con libertad.

Abel no se encontraba bien.

Estaba irritado. Su cumpleaños no iba como quería. Nada iba como deseaba.

Bea aún no había salido del baño, y a Abel le ardían los pies por ir corriendo a buscarla y decirle la verdad de cómo se sentía. Y de lo que quería con ella.

Pero esa chica no iba a ser para él, eso ya lo sabía. Estar con ella le provocaría úlceras estomacales por la ansiedad y la preocupación.

Eric ya no estaba, se había ido. Entonces, vio a Ada barriendo la discoteca con sus ojos.

Y cuando lo vio, se fue directamente hacia él, con cara de muy pocos amigos.

—¿Dónde está tu jefe? —le preguntó sin más.

—¿Eric? —dijo bebiendo como un animal. A ver si así se le iba el malhumor.

—Sí.

—Se ha ido a su casa. Seguro que con su vecina —Eso lo añadió para que Ada también supiera que si ella podía acostarse con otros, Eric también.

—¿Te lo ha dicho? —preguntó con la voz quebrada.

—¿Que se ha ido a su casa?

—No. Que se ha ido para estar con ella.

—No. Pero es lo que yo haría —dijo con frialdad.

El comentario no gustó nada a Ada.

—Abel. —Lo señaló lanzándole una seria advertencia—. Deja a mi amiga Bea. Ella no es para ti. Búscate a otra con la que te quieras casar esta noche.

¿Casarse esa noche? ¿Qué decía?

—Y que lo digas —musitó disgustado—. No es para mí —aceptó con pena—. No busco a nadie con quien casarme. No soy así de romántico. Pero tu amiga me gusta mucho. Estoy pillado —reconoció asombrado por su propia sinceridad—, pero no pienso ser otro más.

—Pues eso lo decidirá ella. No tú. Ah, y otra cosa: no vayas por ahí diciendo cosas que no son verdad. Yo no estoy con nadie que no sea Eric. Tal vez el problema lo tenéis tú y el Inspector: que seguís sin creer que un hombre y una mujer puedan ser solo amigos. Gilipollas.

Rubén la agarró para bailar con él: era un plasta, un puto pulpo inoportuno.

—Venga, Ada... No has bailado con Eric, pero conmigo sí.

Abel esperó a ver la respuesta de Ada.

—Rubén, a ver si te enteras que no me gustas. Venga, adiós.

A Abel se le escapó la risa mientras sorbía de su bebida. Al menos, la respuesta de Ada había sido muy auténtica y honesta.

Tal vez, Eric no lo tenía todo perdido con ella.

Y, probablemente, él también había errado en sus suposiciones sobre ella.

Ojalá también estuviese equivocado sobre Bea.

Pero eso lo tenía más difícil.

CAPÍTULO 7

Días después

Abel se miraba los nudillos ensangrentados. Le había dado un par de puñetazos a Rubén, y no se arrepentía. Se lo había encontrado en el gimnasio, y solo por joder, el truhán le había dicho que se había follado a Bea el día de su cumpleaños, pero que esa chica ya no quería saber nada de él porque era una guarra.

Odió cómo habló de ella. Y no lo soportó, así que le dio lo que se merecía.

Rubén tenía el labio partido pero el enfrentamiento no había ido a más. Después del día del Replay, nada había sido como antes para él, y saber que Bea se había acostado con ese tío lo destruyó.

Le estaba dando la razón comportándose así. O, tal vez ella lo había hecho para callarle la boca y para golpearle donde más le dolía.

Eric había vuelto oficialmente con Ada, y Abel se alegraba mucho por él. Y también por ella. Ada le caería bien siempre y, para ser sincero, no se podía creer que fuese promiscua como creyó Eric. Ahora ambos estaban en Alicante, dado que Eric tenía días y habían viajado a arreglar unos asuntos personales.

Y él seguía solo, sin sacarse a la morena de ojos azules de su cabeza. Cada día que pasaba se encontraba peor.

Porque, como un tonto, se había enamorado de la menos indicada y, para colmo, ni siquiera había aprovechado la oportunidad de estar con ella, al menos, para saber qué echar de menos.

Pero, lo cierto era que echaba de menos a Bea, a su voz, su humor, y a la poderosa energía que la envolvía.

No obstante, lo de Rubén lo había dejado noqueado y con ganas de ir a verla y decirle lo que pensaba.

Había sido su culpa. Ella había actuado por despecho. La conocía, sabía cómo iba a reaccionar ante sus ofensas. Se lo tenia merecido.

Quería ir a verla. ¿Y para qué? No tenía derecho a pedirle explicaciones, no era nadie, aunque eso, al menos, decirle las cosas cara a cara, lo ayudaría a exorcizarla.

Aunque no quería exorcizarla. Solo la quería a ella. Y si era una mala idea, solo el tiempo lo diría.

Y, de repente, entró una llamada telefónica de Eric.

Lo necesitaba urgentemente en Alicante. Y no solo a él. También iba a necesitar la colaboración de Bea en algo relacionado con un tema peliagudo sobre embarazos y bebés robados.

Eric mencionaba a Bea para ponerlo en sobre aviso. Sabía lo que había pasado entre ellos y quería asegurarse de que todo iba a estar bien entre ambos.

Él quería estar bien. Quería borrarlo todo y empezar de nuevo, incluso olvidar que el bobo de Rubén se había acostado con ella, aunque le reventase.

Esos días había tenido tiempo para recapacitar. Las palabras de Ada le habían hecho replantearse su actitud.

Bea no tenía nada de lo que disculparse. Él sí. Bea solo podría estar con él y salir con él si se daban la oportunidad de conocerse.

Mientras tanto, ella podía hacer lo que quisiera. Porque era adulta, una mujer libre.

Y él se había comportado mal. Como un gilipollas celoso y demasiado infantil y repleto de leyes morales, en las que seguiría creyendo siempre.

Pero, joder… quería volver a verla.

Eric lo esperaba al día siguiente en Madrid.

Y Bea estaría con ellos.

Lo había bloqueado del wasap y no quería saber nada de él. Había intentado hablar con ella, e ir a verla al Sign, pero nunca estaba disponible.

Esta vez, esa mujer de armas tomar, no iba a poder evitarle.

Madrid

Bea había acudido a la llamada de Eric y a la promesa de una medalla blanca. Pocas veces tenía la posibilidad de formar parte de algo así y de tener tanta acción, y no quería perdérselo.

Pero cuando se encontró con Ada y con Eric en El Retiro y vio que también estaba Abel, toda esa seguridad se desvaneció, porque ese hombre la había hecho sentirse avergonzada de quién era y de lo que era.

Y sabía que él había intentado ponerse contacto con ella, pero lo había vetado a propósito. Además, le avergonzaba y le pesaba el haberse acostado con el memo de Rubén.

Se había arrepentido incluso mientras lo hacían, porque como una loca perdedora, se había imaginado que era Abel quien se metía en la cama con ella. Era estúpida y demasiado impulsiva.

Cuando se encontraron de frente Abel y ella en El Retiro, la tensión se podía cortar con un cuchillo.

—Hola, Bea —Abel suspiró y se colocó frente a ella. Había saludado a todos, y esos ojos almendrados y llenos de calidez buscaban grietas en su coraza. Bea se incomodó ante la inspección—. Eres muy valiente por hacer lo que vas a hacer.

—Gracias —contestó ella. Tenía que hablarle si iban a formar parte de esa misión.

—En fin —interrumpió Eric—. Vamos a dejar al margen los asuntos personales, porque lo que tenemos que hacer es serio —aclaró con tono firme—. Vamos a centrarnos en esto. Primero trabajo y después... —dirigió una mirada entornada a Abel—, lo que tenga que ser.

—No hay nada personal, inspector —contestó Bea dejando claro que ya lo había superado—. Yo he venido a ganarme una medalla.

Eric y Ada sonrieron, pero a Abel la respuesta en sí no le gustó nada. Porque era como si

le fuese indiferente. Como si la simpatía y la cercanía que antes recibía de ella, ya no existiese, porque Bea ya no la sentía.

Eric miró a uno y a otro.

—Perfecto, entonces, atended.

Eric procedió a contarles todo lo que debían hacer. Y Abel les colocaba los aparatos espías necesarios para la misión.

—Captaré todas las llamadas que salgan desde vuestra ubicación —le explicaba Abel a Ada enseñándole la pequeña cámara con micro a Bea, que necesitaba ubicar por debajo de su camiseta—. Puedo? —preguntó muy educadamente.

«Míralo qué educado el Padre Abel», pensó.

Bea se levantó la camiseta mirándolo fijamente, lo justo como para que pudiera meter la mano. Quería provocar a Abel para que supiera todo lo que se había perdido. Y funcionaba a las mil maravillas.

Abel carraspeó, pero sus manos no temblaron al introducirse por debajo.

—Es una cámara botón. —De repente, Abel le arrancó un botoncito de la pechera de la camiseta negra, y la sustituyó por la cámara—. Lo siento.

Bea entornó sus ojos azules. Incluso sabiendo que la odiaba y que detestaba su manera de ser, ese hombre la estimulaba demasiado.

—Así no se ve. —Se excusó él.

—Me debes una camiseta —señaló Bea.

No. Abel sabía que le debía mucho más. Por ejemplo, más de una disculpa por sus prejuicios y su actitud condescendiente.

Había sido un patán. Pero Bea le gustaba de verdad, como nunca nadie le había gustado, y no había sabido llevar a esa mujer terremoto ni su abierta y espléndida sexualidad con él. En vez de eso, la había criticado como una madre superiora. Sí, el mote de Padre Abel le iba muy bien.

Se encargaría de hablar con Bea después. Ahora, lo principal era la misión que les habían encomendado.

Bea era una civil y él se iba a encargar de protegerla.

Horas después, la misión había acabado felizmente y con éxito, gracias a su intervención y al don de Ada.

Pero Bea sentía que le había pasado un trailer por encima. La adrenalina desaparecía de su torrente sanguíneo y la dejaba agotada. Estaba en el zeta, con hielo en la parte de atrás del cuello, mirándose las marcas que Marco, uno de los agresores investigados, le había dejado al amenazarla.

«No tocar coño a mi amiga» recordaba lo que había dicho con una sonrisa incrédula. Le había dado un rodillazo en los testículos a Marco, después que golpease a Ada y le rompiese las gafas.

Eric y Abel habían entrado en tromba y le habían dado tal paliza a marco que había perdido varios dientes por el camino. Inmediatamente, Eric le había pedido a Abel que se la llevase y se encargase de ella.

Y eso había hecho Abel, como un niño bueno.

Era un pesado. Había insistido en llevarla al hospital, pero estaba bien. No le pasaba nada.

Y después, el coche era demasiado pequeño para ambos, y Abel se había ido a pedir más hielo para ella.

El hombre había palidecido al sentir su rechazo cuando intentó cuidar de ella y le exigió que no invadiese su espacio personal. Parecía tan preocupado por ella… que incluso su voz sonaba inestable.

Pero Bea no quería su amabilidad. Pensando como pensaba de ella, que se la metiese por donde le cupiese.

En el interior del vehículo, los reflejos de las sirenas de todo el despliegue policial en La Castellana, hacía aguas en su rostro. Había colaborado como buena ciudadana. Había ayudado a Eric y a Ada, y juntas habían vivido una aventura. Podría contarle la aventura a sus nietos. Eso, si alguna vez tenía hijos, claro.

Abel, seguramente, sería un padre alucinante, porque era protector y le gustaban mucho los niños y la vida familiar.

Cuando se descubrió pensando en él por enésima vez, sacudió la cabeza intentando alejarlo de su mente.

Había estado con hombres, algunos más cabrones que otros, pero, al final, el más bueno y noble de todos era el que más daño le había hecho. Porque se había enamorado de él. Decidió escuchar el consejo de Ada y, al final, aceptó lo que le sucedía, y aceptó que le habían herido el corazón, como a cualquier mujer enamorada. Porque no era de piedra, no estaba hecha de hierro.

Tenía su corazón. Y ardía por un hombre que no la quería y no la merecía. Qué triste.

No tenía nadie con quien celebrar su gesta y quería que fuese alguien a quien ella le importase de verdad, porque sabía que Ada y Eric después de eso se iban a ir juntos, a fornicar como conejos y no quería hacer de aguantavelas.

Y, entonces, la puerta de atrás se abrió de repente y la tomó desprevenida, tanto que se asustó.

—Tranquila, soy yo —dijo Abel sentándose detrás con ella, al lado derecho.

Abel se la quedó mirando fijamente. Tenía los ojos enrojecidos, y la estudiaba embobado y también nervioso.

Abel tomó la bolsa de hielo de las manos de Bea, se la retiró y le ofreció una nueva que le había preparado la de la ambulancia de al lado, donde habían tenido que intervenir a heridos y a algunas personas que se desmayaron al descubrir lo que ocultaba la pared colindante de aquella clínica llamada Holda FIV.

—¿Qué haces? —dijo Bea apartándolo—. Puedo hacerlo yo.

—Deja que te la sostenga —le pidió muy serio.

Ella calló de golpe y se obligó a mirar al frente.

Abel no dejaba de observarla.

—¿Te duele la espalda? —Él había visto la agresión por la cámara, y le costaba recordarla por el estrés que le causó.

—Solo un poco.

—¿Y el cuello?

Bea se pasó la mano por las marcas. Pero dijo que no con la cabeza.

Estuvieron unos minutos en silencio. El hielo le empezaba a doler en la cabeza. Era extraño no hablar, cuando nunca habían tenido problemas para hablar de cualquier cosa.

—Has sido increíblemente valiente, Bea —reconoció admirado.

Bea se encogió de hombros.

—No… no ha sido nada. Solo he defendido a Ada.

—Ha sido impresionante. Me has dejado sin palabras.

—¿Sí, verdad? Debe parecerte muy raro que una chica como yo haga esas cosas, ¿eh? —la pulla le salió espontáneamente.

Él desvió la mirada y la nuez se le movió arriba y abajo. Estaba afligido y arrepentido.

Si fuese de verdad, Bea se lo creería. Pero lo dudaba.

—Me has bloqueado el wasap. No dejas que hable contigo, y cuando he ido al Sign les dices a todos que digan que no estás. Pero sí estás —aseguró buscando sus ojos—. Eres la jefa y no te gusta faltar.

—No soy la jefa. Soy la… —cuando se dio cuenta de que empezaba a entablar una conversación con él como si no hubiese pasado nada, retrocedió—. No importa. —Le apartó la mano que sujetaba el hielo sobre su cabeza—. ¿Por qué estás aquí adentro? ¿No tienes nada que hacer afuera?

Él sabía que no se lo iba a poner fácil.

—Bea... solo quiero que hablemos.

Pero ella estaba harta de hablar con él. No había hablado tanto con un hombre en toda su vida. De hecho. El hablar tanto, le había hecho darse cuenta que podrían ser muy buenos amigos, los mejores. Amigos y amantes. Amiantes. O, lo que viene a ser lo mismo: compañeros y novios. Excepto cuando se peleaban, claro.

—Ay, mira, Abel... ya me dijiste lo que me tenías que decir en el Replay. Estoy cansada de esto.

—¿Por qué es malo lo que te dije? —preguntó él muy conmocionado.

—¿Cómo que por qué? —lo miró de hito en hito—. Porque me hiciste sentir como si fuera una guarra. Que haya vivido mi vida sexual como haya querido sin hacer daño a nadie no me convierte en una puta. A ver si los tíos os enteráis de una vez que podemos hacer lo que nos dé la gana.

—Yo solo te dije que debías respetarte.

—¿Y qué pasa? ¿Que una mujer se pierde el respeto solo por acostarse con quien quiera? ¿Te das cuenta del pensamiento machista que tienes aquí metido? —Se golpeó la frente con el índice—. ¿Te das cuenta de lo malo y flagelante que es para mí o para nosotras? Me respeto mucho, ¿te enteras? —Se encaró con él—. Para mí, el respeto no está relacionado con si me abrí de piernas o no, cuando no tengo ningún compromiso con nadie. Para mí, el respeto es quererme y no prejuzgar. Y tú no me has querido y, además, no has dejado de prejuzgarme. —Se acongojó y tuvo que detenerse para no romperse—. Ni siquiera sé por qué te has fijado en mí si soy lo opuesto a todo lo que quieres en una chica.

—Yo tampoco lo sé —admitió angustiado.

Joder, ¿podía dejar de hacerle daño?

—Pues eso —Bea giró la cabeza y miró a través de la ventana.—. Vete, Abel —le dijo en voz baja.

Él formó puños con las manos. Ni hablar se pensaba ir. Quería recuperar la confianza de Bea y que le diera una oportunidad, en serio. Abrió la puerta del coche, y parecía que se iba. Pero, en vez de eso, rodeó el coche para abrir la puerta de Bea, tirar de sus piernas y él acuclillarse entre sus muslos, delante de ella.

—¿Qué haces? —Bea se secó las lágrimas rápidamente. Se quedó en shock por esa reacción. No se lo vio venir.

—Bea, siento mucho haberte hecho sentir así con mis palabras —reconoció muy apenado —. Ojalá no me gustaras como me gustas. Llevo una semana sin dormir pensando en todo lo que te dije y en cómo echaría el tiempo hacia atrás para rectificar y cambiar mi discurso.

—¿Por qué lo ibas a cambiar si es como piensas realmente?

—En realidad, no es así cómo pienso —Al menos, no al cien por cien.

Los ojos azules de Bea titilaron expectantes, pero con miedo a que la volviese a cagar con ella. Porque Abel era propenso a darle esperanzas y después cortarlas de cuajo.

—¿Me dejas que te lo diga?

—¿Qué... qué me dirías?

Era ese momento. Era decirle abiertamente lo que quería y cómo se sentía. Sin prohibiciones, sin prejuicios, solo hablando desde el corazón.

—Te diría que me gustas y que solo quiero que me beses a mí. Te diría que podemos ser lo que tú quieras, pero que lo intentes conmigo antes de liarte con nadie más, porque me he enamorado, y no sé qué tengo que hacer para llamar tu atención. Ni siquiera sé si merezco la pena para estar con alguien como tú. Y cuando estoy enamorado, me duele que la mujer que me gusta esté con otros en mis narices. Ya sé que no eres propiedad de nadie. Pero ojalá decidieras estar solo conmigo, porque yo no puedo pensar en nadie más que no seas tú. Solo sé que estaba celoso. Quería verte en mi cumpleaños para estar contigo. Quería besarte y que bailases conmigo. No quería que vinieras para verte con otro como si yo no significase nada —reconoció con mucho pesar—. Tal vez sea anticuado. Tal vez sea un noñas y tú necesites otro tipo de hombre, más liberal, más tío, más duro con estas cosas y sin querer lazos de más. O tal vez te gusten de otra manera. Pero yo soy así. Cuando me beso con alguien es porque me gusta mucho, cuando toco a una mujer es porque la deseo, y eso no se me apaga de repente para que el fuego me lo encienda otra. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Bea no podía dejar de llorar. Era una manera muy franca y abierta de decirle que le gustaba para muchas otras cosas, además que para lo evidente y la atracción física. Le encantaba lo que le había dicho. Y sentía que eso la curaba un poco.

—Odio que estés llorando por mi culpa —Abel le acarició las mejillas y le secó las lágrimas. Era buena señal que no lo apartase. Lo mataba su expresión, como una panterita desconfiada—. Entiendo que no quieras saber nada de mí y que, si no te gusto, yo...

Pero, a pesar de todo, sí le gustaba. Y ella no quería alargar más la agonía, porque la ansiedad era mala para ambos.

—Ahora te has explicado mucho mejor... —susurró Bea haciendo que Abel callase y sonriese más tranquilo.

—Menos mal... ¿Quieres salir solo conmigo?

Bea arqueó las cejas y esta vez se rio, pero dulcemente.

Qué tierno era, el condenado. Se lo quería comer.

Ella, finalmente, asintió, y ambos juntaron sus frentes sin mediar más palabra.

—Lo has hecho muy bien ahí adentro —le dijo él en voz baja—. No tocar el coño a mi amiga... —la imitó y provocó que ella soltase una risita—. Me encantas...

—Oye, ricitos...

—Qué —sus narices se frotaron.

—¿Vas a besarme o no?

Abel no necesitó más invitación.

Se lanzó a por su boca, y Bea lo metió dentro del coche de nuevo.

Abel la colocó bien sobre sus caderas, a horcajadas y echó la cabeza hacia atrás para que

Bea lo besase tanto como quisiese.

Sin embargo, estaban frotándose de una manera tan abierta e íntima que Abel se excitó y se endureció.

Y Bea se detuvo en seco encima de él y lo miró fijamente a los ojos, divertida con su reacción.

—¿Qué haces así de duro ya?

—No lo sé. Es tu culpa. Me pongo así con solo verte —Apoyó su manaza en el centro de su pecho, pero Bea advirtió las heridas de los nudillos por primera vez.

—¿Qué te ha pasado?

—No ha sido nada —No quería hacerla sentir mal.

—No me parece nada, Abel. ¿Qué te ha pasado?

—Me peleé con Rubén.

Bea aguantó la respiración y recibió esas palabras como un corte lacerante. Se sintió fatal, porque sabía perfectamente por qué se habían peleado. Y lo sintió por Abel. Por su poca cabeza, ahora tendría que aguantar comentarios de mierda de ese tío, que no sabía follar y que no llegó al final con ella porque iba demasiado borracho y ella tampoco estaba de humor.

—Lo siento —reconoció—. Esa noche actué movida por la rabia.

Él le restó importancia, porque ahora solo importaba ese momento. Ellos.

—Rubén no me importa. Ni me importa él ni me importa lo que diga.

—No significó nada. Nada en absoluto. Y no va a pasar más.

—Eso es pasado, Bea. Centrémonos en lo que venga a partir de ahora —pidió conciliador.

Bea le acarició las mejillas y se mordió el labio inferior. Lo sujetó con una mano para que no apartase su mirada de la de ella.

—Solo quiero que sepas algo. A mí me gustas mucho. Imagínate cuánto, para tolerar que me hayas rechazado tantas veces.

—Yo no te…

Bea lo besó para acallarlo y jugó con su lengua en la boca durante unos instantes que parecieron eternos.

—Yo no hago estas cosas con nadie. No así —le aseguró cabalgándolo con la ropa puesta —. Y debería dejarte con las ganas tantas veces como has hecho tú conmigo. Pero ahora estamos saliendo, ¿verdad?

—S-sí —miró hacia abajo, hacia los espléndidos muslos de esa mujer y a su entrepierna cubierta solo por unas braguitas negras transparentes—. Bea… Quiero hacerte el amor.

—¿En un coche, Padre Abel? —Le tomó el pelo.

—Ah, joder… si te mueves así me voy a…

—Veinte Ave Marías por decir un taco… —dijo entre risas.

Él puso las manos en su trasero y coló las palmas entre sus braguitas. Tenía un culo poderoso y alucinante, con la piel tersa y suave, y los músculos duros.

—¿Te gustaría hacérmelo aquí? —le preguntó sin dejar de mecerse contra él.

—Sí —gruñó.

—Bien. Porque me muero de ganas de hacerte el amor, Abel.

Bea le desabrochó el pantalón, y sacó su miembro grueso y pesado entre sus manos. Pensó que era precioso, y que les faltaba espacio y tiempo para unos buenos preliminares. Pero no iba a decirle que no, porque el deseo podía más que el rencor.

Abel se sacó un preservativo de la cartera y se lo puso rápido.

Colocó una mano entre las piernas de Bea y ambos gimieron del gusto. Ella por la sensación de los dedos suaves y expertos de Abel tocándola en su sexo húmedo y resbaladizo, y él por sentirla así, por él.

Eso quería decir que le gustaba mucho. Pero estaba convencido que no más que ella a él.

Sin perder tiempo, Bea se levantó un poco para dejar que se moviese debajo de ella, y cuando sintió que él la penetraba, abrió los ojos consternada por la sensación. ¿Cuándo había sido así de maravilloso? Cuándo había disfrutado de cada centímetro entrando en ella intensamente, de ser consciente del otro de ese modo?

Abel empezó a hacerle el amor, cada vez más profundo, y Bea lo besó. Uno oxigenaba al otro, mientras bombeaba en el interior de su cuerpo.

Era increíble.

—Siento que me vuelvo loco por ti, Bea —le dijo al oído a punto de llegar al orgasmo.

Ella lo tomó del rostro con las manos, y clavó sus ojos en los de él, meciéndose al mismo ritmo, cabalgándolo.

Cuando por fin se corrieron, Bea se dejó caer encima de él y Abel la abrazó con fuerza, ayudándola a recuperar el aire, abandonándose a ese momento de intimidad y reconciliación sanador.

En sus brazos, Bea encajaba perfectamente.

Lo sabía él.

Lo sabía ella.

Para Bea, Abel no era el primero, pero deseaba que fuese el último.

Y Bea no lo sabía, pero, con el tiempo, cuando su relación estuviera consolidada, él se la tatuaría en la piel. Porque, desde la primera vez que se vieron, sintió que esa mujer se había tatuado en su alma.

Pero eso sería en un futuro.

En ese momento disfrutarían de ellos, de ese coche empañado por sus gemidos, su sudor y su amor no pronunciado, y de Madrid.

Hasta que regresasen a Besalú, donde sus vidas, junto a las de Ada, Eric y Ariel continuarían.

FIN

LA MEDIADORA ES EXCLUSIVA DE AMAZON. CONSIGUE TODOS LOS LIBROS DE LA MEDIADORA EN PAPEL Y EN EBOOK EN AMAZON.

¡Y NO OLVIDES LLENAR DE AMOR A LA MEDIADORA CON MUCHAS ESTRELLITAS!